

El libro en la cultura humana

Cuarto concurso de ensayo

EL LIBRO EN LA CULTURA HUMANA

Los cinco mejores

Alejandro Gamero Salas

Lino Jesús Cieza Coronado

Luis Fernando Jara León

Osmar Alberto Gonzales Alvarado

Sergio Manuel Tamayo Yáñez



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ. **90 AÑOS**

El libro en la cultura humana

Derechos reservados, prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: febrero de 2007

200 ejemplares

Impreso en Lima, Perú

Cuidado de la edición: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Índice

| | |
|--|-----|
| <i>Presentación</i> | |
| Enrique Quevedo Aldecoa | 9 |
| <i>Ceremonia de premiación</i> | 13 |
| <i>Nuestras vidas son los libros</i> | |
| Alejandro Gamero Salas - Primer puesto | 15 |
| <i>Huyendo de la caverna: reflexiones sobre el libro y su relación con la conciencia ética y crítica</i> | |
| Lino Jesús Cieza Coronado - Segundo puesto | 35 |
| <i>La experiencia de la lectura</i> | |
| Luis Fernando Jara León - Tercer puesto | 51 |
| <i>El ecosistema de la cultura escrita y la crisis de la lectura en el Perú</i> | |
| Osmar Alberto Gonzales Alvarado - Cuarto puesto | 63 |
| <i>La cátedra inexistente</i> | |
| Sergio Manuel Tamayo Yáñez - Quinto puesto | 89 |
| <i>Acta de resultados finales</i> | 103 |

Presentación

El Banco del Libro es una unidad de servicios especializados de formación humana que la Universidad ofrece a sus estudiantes como una forma de complementar su acción académica, proporcionándoles libros en alquiler, fomentando el hábito de la lectura e inculcándoles principios de solidaridad, respeto y responsabilidad. Su orientación básica es formativa y sus resultados, cualitativos.

Desde 1971, el Banco del Libro permite a los estudiantes de la Universidad planificar mejor sus estudios permitiéndoles el uso de los textos que necesitan a cualquier hora y en su propia casa, durante todo el semestre. Adicionalmente, se cuenta con un programa de alquiler de obras literarias, novelas, obras de teatro e historia, entre otras, a fin de que los estudiantes tengan la oportunidad de enriquecer su formación con la lectura de estos libros. Igualmente, pueden alquilar libros de inglés utilizados por la Escuela de Lenguas Extranjeras de la Universidad. Se está iniciando un programa de alquiler de libros de texto en inglés.

El Banco del Libro renueva periódicamente sus títulos o adquiere otros nuevos y brinda una atención ágil a los usuarios mediante el uso de tecnología moderna. La demanda por el servicio, luego de estos 35 años de atención permanente ha favorecido el alquiler de, aproximadamente, 347 000 libros a 148 000 estudiantes. Este sistema ha sido y es, hasta la fecha, un modelo para diferentes instituciones educativas del país.

El Catálogo de libros se actualiza semestralmente y se publica en forma impresa y electrónica. La versión electrónica cuenta con un buscador muy versátil que facilita la ubicación de los libros por título o por autor. La dirección en la página web de la Universidad es: **<http://www.pucp.edu.pe/servcom/bancolibro.htm>**

Como parte de los propósitos del Banco del Libro se incentiva la lectura como un medio de formación, información, recreación y perfeccionamiento de los alumnos, a través de diversas acciones, tales como:

- El Club de Lectura del Banco del Libro. Este es un espacio electrónico donde los alumnos pueden cultivar la lectura crítica y reflexiva o recreativa. Asimismo, entre ellos opinan y comentan el mensaje o el contenido de las obras leídas, y sugieren textos o temas a leer e inclusive tienen la posibilidad de publicar ensayos sobre diferentes temas del saber humano. Pueden participar también los egresados, docentes y no docentes. La ruta de acceso del Club de Lectura del Banco del Libro es **<http://www.pucp.edu.pe/servcom/bancolibro.htm>**
- El concurso de ensayo *El Libro en la Cultura Humana*. A través de él se brinda la posibilidad de participación a profesores, egresados y estudiantes de la Universidad para que puedan destacar, mediante la elaboración de ensayos, la importancia de la lectura y su contribución en la formación de estudiantes y de profesionales. Esta actividad genera un impacto positivo entre los lectores de la página electrónica de la Universidad, que es donde se difunde, evidenciado por las consultas de estudiantes de diversas universidades y de egresados PUCP ubicados en distintos lugares del mundo, así como de universitarios y escolares de Lima Metropolitana.

En este contexto, el Banco del Libro convocó al cuarto concurso de ensayo *El Libro en la Cultura Humana*, a fin de que pudieran participar los estudiantes, profesores y graduados de la Universidad. Con este concurso se busca estimular la lectura académica y de formación integral en los miembros de la comunidad universitaria; es decir, fortalecer el valor de la lectura como un medio de información, perfeccionamiento, enriquecimiento intelectual y ético, y de recreación o de disfrute de las personas.

Se optó por que los trabajos del concurso tuvieran la forma de ensayo dado que suponemos que en su elaboración subyace la práctica habitual de la lectura, fundamentalmente porque para plantear un punto de vista coherente y sensato se debe conocer el tema que se plantea y este conocimiento se adquiere principalmente

con la lectura crítica y reflexiva. Si a ello integramos el interés por la búsqueda del mensaje en los libros, junto a la riqueza del lenguaje adquirida en ese afán de leer, valorar, sopesar y confrontar ideas, se puede despertar la imaginación, la creatividad, para relacionar una visión particular sobre el papel del libro en la cultura humana.

La convocatoria a la cuarta versión del concurso, publicada en la página electrónica del Universidad, fue muy comentada por universitarios y profesionales de distintas partes del mundo con el ánimo de participar. Finalmente, de acuerdo lo señalado en las bases, se recibieron los ensayos procedentes de Lima Metropolitana, provincias y del extranjero (dos de residentes en Estados Unidos y uno en Francia). El 83% de los participantes son varones y el 17% damas. Los concursantes proceden, prácticamente, de todas unidades académicas de la Universidad: Estudios Generales Letras, Estudios Generales Ciencias, Ciencias Sociales, Derecho, Educación, Ciencias e Ingeniería, Letras y Ciencias Humanas, y de la Escuela de Graduados.

Los trabajos de los ganadores también se publican en el Club de Lectura del Banco del Libro (<http://www.pucp.edu.pe/servcom/bancolibro.htm>)

El jurado estuvo integrado por la doctora Beatriz Mauchi Laines (presidenta), la doctora Liliana Regalado de Hurtado, el doctor Eduardo Hopkins Rodríguez, el profesor Víctor Casallo Mesías, todos pertenecientes al Departamento Académico de Humanidades, y por el magíster Enrique Quevedo Aldecoa, jefe del Banco del Libro.

Para la ejecución del concurso, además del apoyo del conjunto de profesores que integraron el jurado, se contó con la colaboración de las autoridades de la Universidad, la Dirección de Comunicación Institucional, a cargo de la profesora Carla Colona Guadalupe, y el Fondo Editorial de la Universidad, a cargo de la señora Patricia Arévalo Majluf.

Asimismo, otras instituciones, con su generosa contribución, permitieron premiar debidamente a los ganadores del concurso. No es fácil jerarquizar el orden de las donaciones recibidas porque todas fueron hechas con el mismo espíritu de colaboración. Así, recibimos el aporte de la Asociación de Graduados y Egresados PUCP, El Banco de Crédito del Perú, AMERITEX, Librerías La Familia y Zeta Bookstore.

Los organizadores nos sentimos satisfechos por el buen nivel alcanzado en los trabajos presentados por un selecto grupo de estudiantes, docentes y egresados de la Universidad, tal como podrán apreciarlos en los contenidos de esta publicación.

Enrique Quevedo Aldecoa
Jefe del Banco del Libro



En la ceremonia de premiación, la doctora Beatriz Mauchi Laines, presidenta del jurado, y el ingeniero Enrique Quevedo Aldecoa, jefe del Banco del Libro, acompañan a dos ganadores quienes muestran la placa recordatoria a que se hicieron merecedores.

Nuestras vidas son los libros

Alejandro Gamero Salas

Seudónimo: P. Skinner

Egresado de la Facultad de Derecho

Código 1998 8092

Primer puesto

*That I am placed in it like my eye in its visual field.
That something about it is problematic, which we call its meaning.
That this meaning does not lie in it but outside it.
Wittgenstein, Notebooks, pp. 72-73.*

Desde el principio los humanos han sido los libros, y los libros han andado con los humanos; porque hemos tratado de representarnos a nosotros mismos siempre sobre las paredes de las cuevas, y porque hemos construido nuestras supersticiones encadenados en el interior, mirando las sombras que se proyectaban gracias a la luz que estallaba como un tubo sobre una pared de fósforo blanco.

Definición de lo que es humano

Pienso que debe desconfiar de lo que escribo, del impreso en el cual lo lee, como una simulación, como sombra de una sombra de una conversación. Pienso que debe usar cualquier medio para obtener iluminación, no solo un impreso. Por ejemplo, para el Webster un libro es: «[...] something regarded as a source of enlightenment or instruction»¹ y no necesariamente unas páginas encuadernadas. En cambio, es una herencia,

¹ Es decir, «[...] algo visto como una fuente de iluminación o instrucción». *Webster's New Collegiate Dictionary*, Springfield, G. & C. Merriam Company, 1973, p. 127.

un atavismo, desconfiar de la palabra escrita, porque un libro no es capaz de contestar preguntas. Ya Platón muestra su escepticismo ante ella cuando afirma que la verdadera escritura es la que se graba en el alma del que aprende, pues ella sí tiene la fuerza necesaria para acudir en su propio auxilio; el único provecho de lo escrito, de lo estampado con tinta, es que recuerda lo que ya se sabe.² Mientras los retóricos de su época se vuelcan a la escritura, Platón defiende tenazmente la superioridad educativa de la dialéctica con el fundamento de que ella se dirige al espíritu y lo «forma».

Bildung, palabra alemana que puede significar «formación, configuración», representa en una imagen la esencia platónica de la educación. Como afirma Jaeger, esta herencia aparece donde el espíritu humano abandona la idea de un mero adiestramiento según fines exteriores y reflexiona sobre la esencia propia de la educación: «[...] los griegos vieron por primera vez que la educación debe ser un proceso de construcción consciente».³ Señala el autor que el propio Estado griego se comprende como una consecuencia de colocar la formación del ser humano al centro de todo; de la misma forma, todas las creaciones humanas serían incluidas en el mismo proceso, en la misma acción directa sobre la naturaleza:

La fuerza educadora de la obra de los poetas era para el pueblo griego algo que se daba por supuesto. Su íntima compenetración con el contenido entero de la educación debía forzosamente realizarse en el momento en que la acción educadora no se limitó ya exclusivamente a la niñez, sino que se aplicó con especial vigor al hombre adulto y no halló ya límite fijo en la vida del hombre. Entonces se dio por primera vez una *paideia* del hombre adulto. El concepto, que designaba originariamente sólo el proceso de la educación como tal, extendió la esfera de su significación al aspecto objetivo y de contenido, exactamente del mismo modo que nuestra palabra formación (*Bildung*) o la equivalente latina «cultura» pasó de significar el proceso de la formación a designar el ser formado y el contenido mismo de la cultura y abrazó en fin el mundo de la cultura espiritual en su totalidad [...].

² Fedro, 276 A, 275 D. En JAEGER, Werner. *Paideia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 997.

³ *Paideia*, p. 11.

Así, resulta claro y natural el hecho de que los griegos, a partir del siglo IV, en que este concepto halló su definitiva cristalización, denominaran *paideia* a todas las formas y creaciones espirituales y al tesoro entero de su tradición, del mismo modo que nosotros lo denominamos *Bildung* o, con palabra latina, cultura.⁴

Es cierto que se sostiene, como lo ha anotado Cavallo en un ilustrado prefacio, que «[...] el rechazo de Platón hacia la palabra escrita es una postura retrógrada» y que él «[...] prefería ser fiel a métodos tradicionales de instrucción oral, aun disponiendo de otras posibilidades».⁵ Pero como lo indica este mismo autor, esa actitud podría ser el propósito desesperado del intelectual de sustraerse a la nueva técnica invasora. Sin embargo, diferimos con Cavallo cuando afirma que la digitalización es una amenaza para el libro (citando, por ejemplo, a Chartier),⁶ aunque definitivamente existe un claro desplazamiento hacia ese tipo de soporte:

La representación electrónica de los textos modifica totalmente las condiciones de éstos: la materialidad del libro se ve sustituida por la inmaterialidad de los textos; a las relaciones de proximidad estable en el objeto impreso, se opone la libre composición de fragmentos que pueden ser manipulados sin límite; frente a la percepción inmediata de la totalidad de la obra, que es visible por el objeto que la contiene, se sugiere la navegación en derrotas infinitas entre archipiélagos textuales sin riberas ni confines.

Regresando a la «definición» del humanismo, creo que Jaeger debe mediar de nuevo en esta aproximación a la *paideia*. Apunta en *Humanismo y teología*⁷ que tiene un significado profundo el hecho de que el ideal de la cultura surgiera en el mismo momento en que se creó la doctrina: el hombre es la medida de todas las cosas. Los griegos llamaron a ese desafío *paideia*, la raíz histórica de lo que Cicerón alabó como la *humanitas* de los griegos.

⁴ *Ibíd.*, p. 278.

⁵ CAVALLO, Guglielmo. *Libros, editores y público en el mundo antiguo, guía histórica y crítica*. Madrid: Alianza Editorial, 1995, p. 13.

⁶ CHARTIER, Roger. «Dal codex allo scherzo». En *La Rivista del Libri*, junio 1994, p. 5. En Cavallo, G., ob. cit.

⁷ JAEGER, Werner. *Humanismo y teología*. Madrid: Ediciones Rialp, 1964, p. 105.

Como anota Antonio Fontán en el estudio preliminar de *Humanismo y teología*,⁸ en 1958, con sesenta años, el humanista Jaeger ya cubría 18 obras publicadas y 135 trabajos breves. Yo cuestiono el hecho de llamar a esto «su obra». Regreso a ese trabajo en la parte en la que registra el que yo considero su verdadero legado: Wolfgang Schadewalt empieza su estudio sobre el prólogo de la *Odisea* recordando sus años escolares, cuando el aún joven Jaeger revelaba la obra homérica a sus alumnos; George M. A. Hanfmann declara que gracias a ese maestro abrió los ojos a los horizontes de la historia espiritual griega; Harald Fuchs menciona su influencia en sus discípulos en la Universidad de Basilea. Todos estos relatos muestran el verdadero efecto de su vida: haber grabado en el alma del que aprende. Creo que el propio Jaeger convendría en que el único provecho de lo escrito es servir de herramienta, de soporte. El problema es que no podemos medir las consecuencias del trabajo de la vida entera de un profesor. Como menciona Fontán, los alumnos de Jaeger gastaban una broma con el significado de su nombre, «cazador», probablemente muy adecuado para alguien que pasó su vida dedicado a la investigación filológica.

El humano es un patrón dinámico, las necesidades cambian y aparecen nuevas herramientas o nuevos medios de soporte de datos. Hemos pasado de registrar nuestras manos coloreadas en una piedra a imprimirlas sobre el papel, a hacerlas viajar en un rayo de luz sobre ilimitados hilos de arena que se estrellan en la cubierta de fósforo blanco al frente de los tubos de rayos catódicos. La definición del libro no puede extraerse de una simple manifestación de la función de lecto-escritura. El libro comprende todos los medios de percepción y emplea todas sus expresiones. Comenzaré con una definición apodíctica que niega alguna posible exclusividad en la selección del medio, del canal. El libro no se confunde con su soporte. Me adhiero a la acepción de «[...] algo visto como una fuente de iluminación o instrucción».

⁸ *Ibíd.*, p. 9.

Los humanos son como sus libros

No pueden existir aislados. Si empleamos como ejemplo el manual de funcionamiento de una impresora, vemos cómo su existencia depende de las estructuras que crearon la necesidad que satisface. Un manual de ese tipo no es una obra aislada, responde a un plan complejo y descomunal. Este objeto es una palabra en un mensaje que cumple una función, permite que nuestra voluntad encienda un artefacto en la mesa, logra que una pequeña imprenta electrostática trabaje. No todo el manual impreso sirve, solamente una parte breve, que resaltamos con nuestro marcador fluorescente; ese fragmento vincula a su lector con fuerzas remotas pero omnipresentes.

De la misma forma, la humanidad transfiere sus características de generación en generación a través de paquetes de información, de los cuales hablamos todo el tiempo, aunque pocas veces profundizando en el tema. Los genes son tramos de ADN que llevan un recetario de proteínas en el cual el 97% de nuestro genoma no consta en absoluto de genes «verdaderos» sino de un montón de extrañas estructuras denominadas pseudogenes, retropseudogenes, satélites, minisatélites, transposones y retrotransposones, llamados «ADN basura» por su aparente inutilidad, o «ADN egoísta». Sin embargo, es este el fragmento que ha encontrado la actividad forense de moda, la llamada «identificación mediante el ADN», empleada para determinar la paternidad y para el análisis de las evidencias en las escenas de un crimen. Esta actividad encontró su lugar estelar en la investigación criminal cuando se descubrió el cadáver de una estudiante, el 2 de agosto de 1986, y la policía buscó a Alec Jeffreys y a su ayudante Vicky Wilson, maestro y alumna, quienes habían tropezado con los «minisatélites identificadores» en 1984, mientras investigaban el gen de la proteína del músculo. El número de repeticiones garantiza que todos tenemos una huella única. Apareció entonces la clásica hilera de marcas negras semejante a un código de barras único para cada persona.⁹

⁹ RIDLEY, Matt. *Genoma*. Madrid: Santillana, 1999, pp. 226-243.

La información relevante es la presa que perseguimos como los cazadores de la Antigüedad. Como ellos, estamos convencidos que del éxito en esa empresa depende nuestra subsistencia. Como ellos —que obsesionados por la persecución, aprendían los hábitos de las manadas, las sacralizaban y las dibujaban en las paredes—, nosotros vivimos obsesionados con la precisión de nuestros mensajes, disecamos la gramática e incluso a veces convertimos la discriminación idiomática en una forma de patriotismo. El lenguaje configura nuestro mundo y perseguir una obra con «la respuesta» se vuelve parte esencial de nuestra forma de vida, como en la biblioteca de Babel de Borges.

La tiranía del lenguaje es una manifestación más del hombre como animal social. Siguiendo la línea de exposición de Víctor Krebs (en un trabajo acerca de las discusiones de Wittgenstein sobre el lenguaje privado),¹⁰ aprender a hablar es aprender a tomar el lugar del profesor, no solo a reaccionar ante lo que él hace sino a actuar como él lo hace. La enseñanza y el aprendizaje del lenguaje implican una gradual asimilación de prácticas, el reconocimiento de deseos y la adopción de los propósitos de los otros. Es un proceso orgánico que involucra tomar parte en el complicado tejido de palabras y prácticas que Wittgenstein llama el juego-del-lenguaje, y asumir las formas de vida de las cuales ello surge y en las cuales se sustenta. En palabras de Stanley Cavell, el aprendiz «[...] debe [no solo] ser capaz de seguirnos en cualquier camino rudimentario, naturalmente [...] él debe desear seguirnos».¹¹

¹⁰ KREBS, Víctor. *El sutil cuerpo del lenguaje y el sentido perdido de la filosofía*. Universidad Simón Bolívar.

¹¹ «What is important in failing to recognize “the spirit” in which we say “The child, in learning language, is learning the names of things” is that we imagine that we have explained the nature of language when we have only avoided a recognition of its nature; and we fail to recognize how (what it real means to say that) children learn language from us.

To summarize what has been said about this: In “learning language” you learn not merely what the names of things are, but what a name is; not merely what the form of the expression is for expressing a wish, but expressing a wish is; not merely what the word for love is, but what love is.

In learning language, you do not merely learn the pronunciation of sounds, and their grammatical orders, but the “forms of life” which make those sounds the words they are, do what they do —e.g., name, call, point, express a wish or affection, indicate a choice or an aversion, etc. And Wittgenstein sees the relations among these forms as “grammatical” also.

Considero que a veces nuestra pasión didáctica por clasificar y precisar hace que no le prestemos importancia a los términos cotidianos básicos o polisémicos, si se quiere. Pienso que la expansión del libro en una gran variedad de soportes y la generación de un «brave new World» son en realidad una variación del mismo antiguo problema del aprendizaje. Como lo señala Morris Engel, «[...] los intentos filosóficos para responder estas preguntas de la manera que ahora se ven demandados por ellos abrieron nuevas y sorprendentes miradas. Consistió en desviar nuestra atención de la idea del conocimiento como siendo representativo y reproductivo para verlo a él mismo como productivo y creativo».¹² El autor plantea un ejemplo brillante: señala que la solución consistió en alejarse de la concepción de la mente como una placa fotográfica que registra todo aquello que la estimula, para verla más bien como una especie de computadora IBM auto regulativa (para usar un símil moderno) que responderá solo a los materiales preparados y procesados para ella, y la cual está específicamente diseñada para absorberlos y acomodarlos, y a pesar de que los materiales que se le presentan fueron traducidos a sus términos, adecuadamente programados para ello, no nos responde. La llave para nuestros problemas, por consiguiente, descansa en descubrir cuáles son aquellos términos de referencia de la mente, qué puede acomodar y absorber y qué no puede, qué puede entender y qué no puede, y así sucesivamente.¹³

Instead, then, of saying either what we tell beginners what words mean, or that we teach them what objects are, I will say: We initiate them, into the relevants forms of life held in language and gathered around the objects and persons of our world. *For that to be possible, we must make ourselves exemplary and take responsibility for that assumption of authority; and the initiate must be able to follow us, in however rudimentary a way, naturally* (look where our finger points, laugh at what we laugh at, comfort what we comfort, notice what we notice, find alike, or remarkable or ordinary what we found alike, or remarkable or ordinary, feel pain at what we feel pain, enjoy the weather or the notion we enjoy, make the sounds we make); *and he must want to follow us* (care about our approval, like a smile better than a frown, a croon better than a croak, a pat better than a slap). “Teaching” here would mean something like “showing them what we say and do”, and “accepting what they say and do as what we say and do”, etc.; and this will be more than we know or can say». CAVELL, Stanley. *The Claim of Reason L. Wittgenstein, Skepticism, Morality, and Tragedy*. Oxford: University Press, 1979, p. 178.

¹² ENGEL, Morris. *Wittgenstein’s Doctrine of the Tyranny of Language, and Historical and Critical Examination of his Blue Book*. La Haya: Martinus Nijhoff, 1975, p. 139.

¹³ ENGEL, Morris, ob. cit.

Diseño del libro

La tipografía es la estructura ósea de una obra impresa, sus reglas construyen cada página. El tipógrafo debe elegir el espacio interlineal, el calibrado, el estilo del carácter, entre muchas otras cosas. Jan Tschichold, entre otros, utilizó la *sectio aurea* (equivalente a 1,618) en los cánones de la compaginación, basándose en manuscritos y en las primeras impresiones de Gutenberg. En su obra *Die neue typographie* (1928) planteó innovaciones que fueron calificadas despectivamente de «futuristas». Se ha escrito mucho sobre el uso de la divina proporción como medio de utilizar una forma de «ritmo natural»: «[...] el empleo de la sección áurea da una impresión de reposo, de seguridad, de constancia en un ritmo indefinidamente continuado».¹⁴

Los incunables eran fieles a las reglas áureas que hoy solo encontramos en las tarjetas de presentación, pero podemos trazar una línea que nos lleva de la división de Villard de Honnecourt, a la divina proporción renacentista y al modulator de Le Corbusier. Sin embargo, los vínculos entre la arquitectura y el arte editorial son antiguos, como lo demuestra, por ejemplo, los orígenes de la terminología: la portadilla o falsa portada, el frontispicio, el pórtico o prólogo, el frontis o viñeta situada en la cabecera de la página, el friso o viñeta colocada en forma de orla, los márgenes, los bloques o columnas, entre otros ejemplos.

La relación indivisible entre el texto y la imagen nos remite al origen. En el principio, fueron los pictogramas y el hombre extendía la mano con tierra roja y dibujaba manadas de antílopes sobre la roca fría. El sol, una montaña, un árbol fueron dibujados para atraparlos con la mano, evocándolos para conservar su poder, el ilustrador era el mago, el hacedor. Los diseños de los habitantes ancestrales de lo que es hoy China trataban, al comienzo, de representar la forma visible de los objetos que rodeaban a la gente. Luego, los trazos prefiguraron imágenes que se alejaron de las primeras. A fuerza de economía y de costumbre, las formas dejaron de ser imágenes, íconos, y se acercaron más a las representaciones arbitrarias que conocemos en

¹⁴ BOUVERES SE, R. «Le nombre d'or». En *Psychologie*, núm. 77, junio de 1976.

la actualidad. Las publicaciones caligráficas de la poesía oriental comunican con la fuerza de sus imágenes y con el poder de la tinta atravesando la superficie del papel. El impreso no es solo para ser leído, debe ser contemplado: debemos interactuar con los ojos entre las gotas de tinta, movernos entre los ideogramas como con un mouse, circular por los surcos para apreciar el movimiento del río, el bote o el reflejo de la luna descrito por el autor. De manera semejante, los dibujos sumerios preceden a la escritura cuneiforme. En Egipto, los jeroglíficos fueron sujetos a una «esquemización» relacionada con el proceso de construcción de las escrituras hierática y demótica.

Pero el libro no es solamente el papel impreso, el manuscrito, o el volumen ilustrado que hemos descargado de la web. El libro es la interacción en sí misma, es la relación entre la voluntad del humano que percibe y el símbolo entre sus manos, la selva en la cual ingresa para cazar, el acto de involucrarse, el agente y el objeto. Si aprecio el aspecto de una cuchara, distingo su forma, el reflejo de la habitación en su superficie, las características que le dan utilidad, inmediatamente me interno en la sociedad que le da sentido, los seres que la diseñaron. La puedo dibujar y escribir como Foucault al pie: «Esto no es una cuchara», puedo leer la cuchara y reconocer que no existe como tal, que no es lo que sostengo en mis manos sino las fuerzas que la llevaron allí, el contexto de su hallazgo.

La Asociación Finlandesa de Diseño Industrial participó en las trienales de Milán entre los años cincuenta y sesenta, destacándose Wirkkala, Sarpaneva y Franck, que fueron parte de un gran grupo de artistas que forjaron el mito del diseño finlandés, usando la «modularidad» como concepto, como parte de un lenguaje que creaba utensilios y muebles sin tiempo, sin época. Cada aspecto del objeto era una respuesta a un problema cotidiano, una traducción a una forma de la respuesta del hombre ante la dinámica de fuerzas que se oponían a la herramienta. La cuchara en la «composición» de Wirkkala (Premio Faenza, 1963) no tiene una sola curva aleatoria, es un acto premeditado, dirigido, interpretable.

Todo el fenómeno depende del usuario, de su capacidad de leer, de su valor para atrapar al objeto, y entonces se abre el libro. Aquellos objetos satisfacían necesidades particulares del usuario de manera económica, respondían al cambio de la sociedad, incluso empleando combinaciones de colores como respuesta a las exigencias del consumidor. Los distintos colores de los celulares Nokia son un ejemplo de esta influencia en el diseño. Wirkkala (1915-1985) fue director de arte del instituto de Helsinki y una de sus obras más populares fue el diseño de la botella de vodka Finlandia que busca plasmar la forma como el hielo se derrite. Sin embargo, considero que de todas las obras de Wirkkala, la más grande ha sido su labor de maestro: la más importante y la menos visible. Su trabajo se puede ver en Internet, pero su influencia en la vida de sus alumnos no es mensurable, se pierde en el tiempo.



Podemos leer el espacio y su distribución. Le Corbusier también fue un creador que plagiaba «lo dado». Sostenía la idea del artista como *medium*¹⁵ que discierne a la naturaleza para el hombre, que le da la medida a las cosas. Ideó el modulator, un sistema de medidas en el que cada magnitud se relaciona con la anterior por el número áureo, aplicándolo a las estructuras arquitectónicas. Podemos proyectarnos a partir de su trabajo

¹⁵ LE CORBUSIER. *El modulator 2*. Continuación del primer volumen de *El modulator* de 1948. Barcelona: Poseidón, 1976 [1955], p. 27.

a Wright, a Sant'Elia, a Ledoux, cuyas febriles utopías copiaban a la naturaleza. Diseñó el primer coliseo, tal como hoy se conoce, con butacas para el pueblo, palcos y un foso para los músicos. La persecución de la forma natural es un atributo de la Ilustración. Voltaire hablaba de comenzar por describir minuciosamente el fenómeno y no por la simple elaboración de una hipótesis. Dirá E. Kaufman, en su libro *De Ledoux a Le Corbusier*:

No hay nada casual en tales coincidencias. Numerosos hilos de unión conducen de un hecho al otro. Se trata siempre en ambos casos de una profunda, hoy podemos decir decisiva ruptura con la tradición, de un conciente trazado de lindes limpiamente separados, el gran paso hacia la nueva legitimidad de la persona. En el momento en que se declaran los derechos del individuo a partir de los derechos humanos, en que Kant establece la moralidad autónoma en el puesto de la anterior moral heteronoma, pondrá Ledoux los cimientos de la arquitectura autónoma.¹⁶

Incluso en lo que atañe a una película, ¿cómo es que puedo hacer referencia a las frases de un texto impreso y no a las de una película? Los manuales de estilo no me dan una salida al respecto, porque señalan que debo indicar la editorial, la ciudad, el año, la página, y esas categorías no se aplican a las películas y documentales. Aunque no es común citar textualmente una obra audiovisual, sí puedo referirme a una parte del libreto (aunque debería decir a un minuto de la obra), como por ejemplo, «[...] todos esos momentos se perderán, como una lágrima en la lluvia» en *Blade runner* (1988). El impacto de esas palabras en mi memoria depende también de su «sustrato», no solo de su sonido aislado. El que aprende en una película captura lo que quiere del momento: puede ser que no escuche el diálogo y que solo observe las gotas de lluvia caer sobre los edificios y sobre el personaje que muere en una azotea. Una película se considera una fuente menor que no justifica un formato para servir de pie de página. Es como evitar citar a las obras de Aristófanes porque son comedias.

¹⁶ KAUFMANN, E. *De Ledoux a Le Corbusier*. Segunda edición. Barcelona: Gustavo Gili, 1982, p. 29.

Por lo cual, considero que la definición discreta de la cual he venido hablando es insatisfactoria y opuesta a nuestra experiencia. Porque, contrariamente a los cínicos, creo que todos descubrimos muchas veces los objetos cotidianos con los ojos del pequeño Aureliano Buendía que toca el hielo por primera vez.

El papel del libro

Navegando en internet pude encontrar interesantes datos: los materiales basados en papel componen la mayor porción de las colecciones de investigación y están en el centro de la crisis de preservación. Una serie de asesorías sobre la condición de dichas colecciones describen con alarmante detalle la magnitud de la necesidad de preservación de las bibliotecas.

La mayor investigación se efectuó en la biblioteca de la Universidad de Yale en 1982 con fondos del National Endowment for the Humanities. Ese estudio resaltó el grado de deterioro de los libros en una muestra aleatoria de 36,500 volúmenes. En las colecciones de la Universidad de Yale, de más de 7.7 millones de volúmenes, el 82.6% de los libros ha sido impreso sobre papel ácido, un 37.1% está ya dañado, y un 12.8% necesita una reparación inmediata.¹⁷

Una investigación de 40 mil volúmenes de la Western European Local History Collection de la biblioteca de la Universidad de Harvard reveló que 44% están dañados.¹⁸ Todo esto indica que una tercera o cuarta parte de las mayores colecciones muestran signos de deterioro. Una estimación basada en un estudio de la biblioteca del Congreso en Washington muestra que 77 mil volúmenes se dañan cada año.¹⁹

¹⁷ WALKER G.; GREEN FIELD J.; FOX, J; y J. S. SIMONOFF. «The Yale Survey: a Large-Scale Study of Book Deterioration in the Yale University Library». En *College & Research Libraries* 46, 1985, pp. 111-132.

¹⁸ «Report of a Condition Survey in the Western European Local History Collection». Cambridge, Mass.: Harvard University Library Preservation Office, 5 de mayo de 1994.

¹⁹ *Brittle Books*, p. 8.

Si el papel de todas las publicaciones impresas se desintegra con tal rapidez, cabe preguntarse por las consecuencias de esta pérdida. ¿Qué tanto perdemos? ¿Conservamos lo más importante? Si partimos de la concepción del libro vivo como el único original y las impresiones como representaciones o meros simulacros, debemos convenir en que sobreviviremos, en que lo lograremos.

¿Cuáles son los enemigos de la creación como obra pública? Los enemigos de la ciudad abierta y confiada que lega sus experiencias al futuro. Los que privilegian el secreto y la exclusividad casi indeterminada de los derechos de usufructo sobre los bienes inmateriales. En este momento de mi vida me adhiero a algunas teorías que justifican flexibilizar las restricciones de los derechos patrimoniales sobre la creación como contrarias a la existencia misma del libro como un medio de expresión libre. Me adhiero a las críticas de Julian Friedland²⁰ respecto a los extensos plazos de exclusividad que se brindan, principalmente en el caso de los derechos de autor, cómo se asigna la misma condición a un amplio espectro de obras disímiles y cómo es que esta exclusividad, al carecer de un adecuado soporte racional, lleva a poderosas contradicciones cuyos efectos no han sido medidos precisamente porque la posición contraria es la que tiene más auspiciadores. Señala el autor que si el significado no se origina en su esencia en actos particulares de voluntad, entonces lo mismo ocurre con su valor de verdad. Sin embargo, aun subsiste aquí lo que generalmente llamamos el «mito del genio», la noción de que existen seres humanos extraordinarios que pueden crear palabras completas con un significado particular, y en consecuencia, inaccesible incluso para aquellos que han dedicado toda su vida a estudiar su obra.

En la argumentación del filósofo, conforme a Wittgenstein, este mito está completamente enraizado en el mito filosófico del «lenguaje particular», o lo que Jacques Bouveresse denomina el «mito de interioridad». En opinión del autor, Wittgenstein nos muestra que lógicamente es imposible para un ser humano, aun para uno brillante, escoger por sí mismo lo que es pleno de significado, precioso o hermoso. Tratar de escoger el valor

²⁰ FRIEDLAND, Julian. *Ideation and Appropriation: Wittgenstein on Intellectual Property*. Londres: Kluwer, 2001, p. 189.

de algo. Si usted trata de realizar este experimento en la realidad, ciertamente experimentará una impresión similar a aquella que destaca Wittgenstein en la siguiente cita: «Haga el siguiente experimento: diga la oración “está caliente esta habitación” y piense “está fría”. Observe de cerca lo que está haciendo».

Si somos nuestro propio referente, podríamos entonces usar literalmente cualquier cosa para convenir cualquier cosa. Pero el significado no funciona de esa manera. Si Wittgenstein nos pide que observemos de cerca que estamos dando a entender lo opuesto de lo que estamos expresando, es debido a que es imposible vivir de esa manera. No podemos inventar nuestros puntos cognoscitivos de referencia. Nuestro mundo está limitado por reglas y por esa razón Wittgenstein nos recuerda que «[...] si una regla no te compele, entonces no estás siguiendo una regla. Pero cómo se supone que la estoy siguiendo, si después de todo puedo seguirla como desee».

Un individuo no posee sus propias ideas, como tampoco puede decirse, hablando con propiedad, que posee sus propias impresiones. Esto es, no puedo decir que nuestro aparato conceptual pertenece a nosotros solamente, de la misma manera que nuestro aparato sensorial. La sola voluntad es incapaz de apropiarse de ninguno de los dos. Las acciones y gestos del lenguaje y el comportamiento son esencialmente públicos por naturaleza, y por tanto, jamás pueden ser explotados económicamente por una sola persona. En consecuencia, en palabras de Friedland: «La expresión “propiedad intelectual” es, por tanto, algo que gramaticalmente es incorrecto. El acto de apropiación es esencialmente una instantánea de la voluntad». La idea, al contrario, a pesar de que puede ser causada por la voluntad, fundamentalmente nunca está sujeta a ella.

Probablemente en el futuro apreciaremos nuestro avaro comportamiento respecto a la exclusividad de nuestras cosas e ideas (como lo etiqueta Foucault en «What is an Author?»),²¹ que supuestamente brinda una protección casi ilimitada a los derechos de autor, de la misma forma como en el pasado veíamos la esclavitud como una

²¹ HARARI. *Textual Strategies*. Cornell University Press, 1979, n. 15, 159.

forma retrograda de ampliar nuestra propiedad sobre aquellos ámbitos en los cuales el ser humano no puede ejercer una posesión directa sino es de una forma totalmente ritual, simbólica, y con ejercicio de coerción. De la misma manera como la esclavitud ha dado paso a otras formas de explotación más eficientes, como la «maquila» y la subcontratación, las actuales estructuras de apropiación cederán paso en el futuro a otras más sofisticadas imposiciones. Un hecho irrefutable es que en los países de nuestra parte del mundo no se puede enseñar algo en la universidad sin copias electrostáticas libres.

El libro tiene un papel privilegiado en nuestra sociedad, como agente y medio de ejercicio de la libertad de expresión, la cual, como derecho fundamental, es considerada por una parte de la doctrina como una «libertad preferida». En instrumentos jurídicos internacionales se ha previsto la total prohibición a toda clase de censura previa. En un interesante trabajo de Susanne Baer,²² se resume la situación jurídica del «speech» señalando primero que en la ley, «conducta» puede significar un «comportamiento personal, modo de acción, o cualquier acto positivo o negativo», pero que en el discurso legal puede ser mucho más. Por ejemplo, la Corte Suprema de Estados Unidos concibe el «speech» como muchas cosas diferentes. Argumentativamente ha sido casi cualquier cosa. Es cuestionable si en algún punto algo puede no ser interpretado como «speech». En la jurisdicción de la Corte, «speech» puede ser un ruido, palabras escritas sobre prendas de vestir, paneles o papeles, palabras habladas, transmitidas y gritadas; «speech» han sido también fotografías tomadas, impresas, copiadas, grabadas y vistas y ha sido hacer algo con objetos, tal como quemar una cruz o una prenda de vestir, marchar con un determinado traje o lucir la etiqueta de nuestra prenda de vestir o de los productos que vendemos.

²² «Violence: Dilemmas of Democracy and Law». En *Freedom of Speech and Incitement against Democracy*. Cambridge: Kluwer, 2000, p. 87.

Los libros vivos

Un maestro muere en febrero de 1913 y la influencia sobre sus alumnos cambiaría para siempre el estudio de la disciplina a la que se dedicó. Algunos afirman que originó la denominada «tendencia estructuralista», nacida en 1928. Greimas dijo sobre sus metáforas: «[...] siguen impactando nuestra imaginación: el juego de ajedrez, el anverso y el reverso de la hoja de papel, el tren de París, son todas extra-lingüísticas; y la descripción de las lenguas naturales es para él solo una tarea particular situada en el interior de la semiología». Su influencia en el conocimiento no se puede evaluar, como se ha indicado sobre la actualidad de su pensamiento:

En la interpretación de este proceso dialéctico de la sociología francesa, que se supera en una de sus disciplinas para reconstruirse a partir de sus descubrimientos, reside, pese a las reticencias de ciertos sociólogos franceses, la ambición, absolutamente justificada, de Lévi-Strauss de ser el heredero espiritual del pensamiento de Marcel Mauss y de Emile Durkheim. Cuando en nombre de Freud y de Saussure, nos relata en «Tristes Trópicos» el descubrimiento «más allá de lo racional», de «una categoría más importante y válida, cual es la del “significante”, que es la más elevada forma de ser de lo racional».²³

Saussure casi no publicó libros impresos. Su obra principal la publicaron sus alumnos Charles Bally y Albert Sechenaye en 1916, y es una mezcla de los tres cursos que dictaba, conservada en los cuadernos de sus estudiantes. El cuidado de sus discípulos merece plena adhesión, al haber reunido tan diversas fuentes y organizado una exposición tan coherente. Las principales líneas de su teoría ya se habían desarrollado hacia fines del siglo XIX y se dice que alguna vez admitió que desde 1911 no había agregado nada. Sin embargo, en su último curso se puede ver un nuevo comienzo. La muerte detuvo sus proyectos, cerró su libro.

Resumiendo, podría afirmar que el libro es maestro y el maestro es libro. En esta época en la cual la civilización posindustrial ha modificado el papel de los maestros para convertirlos en instructores, reduciendo

²³ NETHOL, Ana María. *Ferdinand de Saussure*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1971, pp. 14-26.

su participación ritual y restringiendo el número de horas lectivas, esta anotación no es en lo absoluto una asociación fácil o pueril. Las universidades disminuyen sus horas efectivas de dictado y las aulas han seguido un proceso de masificación mediante el cual los profesores y alumnos discurren casi de forma indiferente y la experiencia de una hora y media en la clase ha sido desplazada por la construcción de objetivos impecables en los syllabus. Las instituciones que debieran proteger a estas comunidades de alumnos y profesores los mediatizan y los profesores generalmente no se encuentran motivados por el mercado laboral, por lo cual a veces los vemos reacios al cambio, aislados por una sociedad que trivializa la función que desempeñan. Yo estudié Derecho, y he percibido que en este campo la enseñanza no se aprecia como un fin en sí; probablemente la enseñanza del Derecho como problema no es un tema suficientemente rentable como para generar una mayor respuesta. De forma semejante a otras áreas del conocimiento, mientras que la gente pide «sanadores», el sistema solamente le puede dar cirujanos. Se establece el paradigma del profesional-obrero, del perseguidor o «cargador» de papeles; el humanista es obsoleto.

Problemas como la violencia en las escuelas o la llamada «academic procrastination», se pueden relacionar más con el desmantelamiento del rol del maestro-libro que con los medios televisivos o los juegos de vídeo. La tradición oral que se transmite en las aulas no se rescata lo suficiente y los medios tecnológicos solamente se acercan a esa experiencia multimedia de interacción entre profesores y alumnos. El texto sobre el papel es solamente una herramienta, una forma breve de simulacro, que trata de atrapar una sombra de dicha experiencia. Las sesiones de práctica dirigida son un componente esencial en la recuperación del papel del profesor, así como la mayor prioridad sobre las horas efectivas y las clases de menos de veinte alumnos.

Pero es razonable suponer que puedo estar totalmente equivocado y que este rudimentario ensayo con todas las personas muertas que se han invocado en sus pies de página sea solamente un pretencioso error. Quizás, la labor docente es solamente un oficio más sometido al rigor de la oferta y la demanda, en lugar de ser la *paideia* del niño y del adulto, el proceso de la formación que designa también al ser formado, el contenido mismo y el mundo de la cultura espiritual en su totalidad; en lugar de ser todo eso, tal vez la acción educativa

solo es una etapa prelaboral, un área protegida para tejer redes sociales. La dialéctica exige simetría con el opositor, la posibilidad de que ambas posiciones participen o se incluyan entre sí.

El maestro-libro, como el hacedor de lluvia, trabaja con las expectativas de su auditorio, lo rescata del caos y encuentra la validación de su propio mandato en la conminación del grupo, en su exigencia o en la necesidad de sacarlo de la apatía ante un problema. Él no puede hacer que llueva, como no puede obligar al grupo a que lea o a que asista, solamente es parte de un proceso frágil que requiere un entorno protegido, porque incluso en ese caso, con todos los recursos disponibles, no existen garantías. Es siempre un acto voluntario, un acto de confianza y de autoconstrucción (Bildung). El hacedor no tiene «el conocimiento», de la misma forma como no puede hacer que llueva.

***Huyendo de la caverna: reflexiones sobre el libro y su relación con
la conciencia ética y crítica***

Lino Jesús Cieza Coronado

Seudónimo: Critias

Alumno de Estudios Generales Letras

Código 20053047

Segundo puesto

Contamos ya desde la Antigüedad con una hermosa alegoría que resalta la importancia de despojarnos de aquello que nos enceguece u obstruye la real visión de las cosas o lo que subyace al mundo sensible e inmediato. En ese relato de matices filosóficos,¹ nuestra verdadera situación respecto al conocimiento es deplorable, pues el hombre común es retratado como un esclavo cuyo único mundo está compuesto por un sombrío espacio subterráneo en el que se ubica junto con otros hombres en la misma situación, viviendo entre las sombras de objetos proyectadas por la acción del fuego que tienen delante de ellos. Imposibilitados hasta para moverse, los desventurados hombres no pueden más que observar las sombras de esos objetos múltiples que son transportados por otros sujetos. De modo que si estos hablaran y el eco de sus voces llegara hasta los prisioneros, ellos no harían más que creer que los sonidos provienen de las sombras.

Se trata del mito de la caverna, relatado por Platón hace veintiséis siglos, pero no hay nada más próximo, a mi parecer, a la situación del hombre contemporáneo. Pues aun cuando la libertad parece insinuarse entre nosotros, en numerosas ocasiones de nuestra vida parecemos estar subyugados por la ignorancia, obnubilados por pensamientos que muchas veces son incompatibles con la forma de bienestar que anhelamos.

¹ PLATÓN. *La República*. Libro VII.

Pese a que en muchos ámbitos de la vida el hombre ha conseguido imponerse a sus limitaciones, esto no necesariamente ha acarreado resultados alentadores. No estoy adoptando una posición pesimista, pues es patente que en muchas ocasiones se actúa de manera irreflexiva. Pero por más desfavorables que sean las situaciones con las que tiene que lidiar el hombre, es necesario desarrollar una actitud crítica que nos conduzca a formularnos interrogantes que lleven en último término a respuestas que orienten nuestras actitudes en aras de una auténtica y relevante vida. Sería en cambio poco inteligente amilanarnos, vivir de una manera pasiva o inconsecuente.

Si de todos los seres de la naturaleza somos los más privilegiados, eso se debe a que estamos dotados de razón. Entonces, es necesario apelar a ella en las ocasiones en que al parecer vamos extraviados por la vida. Lo expuesto no son exhortaciones meramente retóricas pues se trata, como lo mencionaba, de imprimirle un sentido a nuestra existencia. Esto último se podría objetar diciendo que intrínsecamente todo ser humano posee una vida significativa y por eso tiene sentido. Es un punto de vista que comparto y definiendo, así como también me ciño a la idea de tener una vida que se mantenga distante de lo mediocre y que no caiga en el simplismo.

Pues bien, preguntas como: ¿nos hemos olvidado de quienes somos en realidad?, ¿de qué sirve tanta sofisticación tecnológica si nuestras relaciones personales parecen progresivamente deteriorarse?, ¿ha dejado el hombre de ser un fin para pasar a ser un instrumento?, aunque algo manidas, son necesarias si se pretende canalizar nuestras actitudes. Sin embargo, procurar una mejor vida para nosotros no solo implica centrarnos en nosotros mismos; no tiene sentido si nos olvidamos de quienes nos rodean y actuamos de manera soberbia y egoísta. Lo que también quiero resaltar aquí es la importancia de incentivar en los demás el afán por el conocimiento. Al respecto, conviene citar una idea del célebre filósofo español Fernando Savater, para quien las simplificaciones abusivas en esta vida son inadmisibles. Savater considera que la visión más adecuada es la que nos ensancha, en contraposición de aquella visión mediocre y aislada que tiende a miniaturizarnos. Aunque esta idea se inscriba en una obra de carácter político del autor mencionado, no por ello deja de ser

pertinente en el momento de interactuar con los demás. Se trata entonces no solo de obtener el mayor provecho de manera egoísta del conocimiento que proporciona un mundo como el de hoy, sino que lo coherente es compartirlo y difundirlo.

A la luz de todo lo mencionado, es preciso poner en relieve el rol preponderante que cumple el libro en la cultura humana en todas las etapas del desarrollo de este, pues se trata de un gran elemento que hay que tomar en cuenta al echar los cimientos de una nueva y mejor sociedad. Su importancia radica tanto en ser un vehículo que nos conduce a esa meditación que urge en nuestra vida como en ser una invitación al conocimiento para los demás.

El libro posee una historia verdaderamente fascinante, pues coincide con la progresiva adaptación del hombre al medio y con la «complejización» de las relaciones humanas. Porque desde los albores de la humanidad, el hombre se ha visto forzado a organizarse socialmente para conseguir su subsistencia. De ese modo, la vida cotidiana, cargada de peripecias, era más llevadera si se estaba unido a un grupo. No obstante, conforme el ser humano iba imponiéndose al entorno, apremiaba la necesidad de contar con un registro, ya sea de hazañas importantes, quehaceres diversos o dibujos alusivos a una deidad. Aquí es donde nace la escritura. Haciendo un sucinto recuento de la asombrosa historia de esta, cabe mencionar que originalmente se presentó como una imagen o símbolo que representaba un ser; naturalmente se plasmaban en arcilla a los animales, cosas, hombres, etc. Vale decir, era una escritura primitiva en forma de pictograma. Se trata de los hallazgos en la región de Mesopotamia en el cuarto milenio antes de Cristo. Posteriormente, la escritura adquirió una forma más próxima a la que hoy conocemos, al comenzar a representar, como ahora, ideas. Así mismo, los soportes de la escritura han ido cambiando a la par que la evolución de la técnica humana hasta desembocar en el libro. Obviamente, nos encontramos ante una fuente de conocimiento y una invención sin parangón, pues en él se plasma la esencia misma del hombre o su razón de manera elaborada y coherente. De hecho, por antonomasia, el libro es el difusor de conocimiento. Podría muy bien considerarse como la fuente de la razón.

Este será el punto de partida del desarrollo argumentativo de este ensayo, pero antes quiero aclarar que lo que se pondrá de relieve es la importancia del libro en tanto herramienta para la constitución de una conciencia ética y crítica.

El libro y la ética

Debemos apreciar al libro como un mecanismo valioso para la constitución de una conciencia ética en el ser humano. Es decir, una formación de cualidades que contemplen la armonía entre cada uno de nosotros y los demás. Se trata, entonces, de crear la capacidad de elaborar juicios sobre lo correcto o incorrecto de cada uno de nuestros actos. Tomemos en cuenta para esto una cita valiosísima de Joseph Fitcher: «El ser humano se distingue del ser infrahumano por su capacidad de [...] elegir y de tomar decisiones. [...]. Puede reflexionar sobre sus propias acciones y reacciones. Es responsable de su propio comportamiento y puede adquirir un sentido de la responsabilidad para con los demás».²

Nada más cierto, pero es necesario considerar el continuo progreso del ser humano para que se logre este fin, pues sin paradigmas de conducta o sin una *paideia* o instrucción adecuadas, el hombre deviene en un ser desenfrenado, libérrimo, una amenaza inminente para su entorno y para él mismo. Estamos, pues, ante uno de los rasgos propios del ser humano, por ello es necesario un delinear *ethos* o costumbres conforme a lo prescrito por la razón, y consecuentemente, manifestar actos que impliquen una tendencia hacia lo bueno y lo justo. Precisamente por ese motivo es que existe un gran abismo entre nosotros y los seres cuyos movimientos son gobernados preponderantemente por la mecánica de su fisiología. Ciertamente, contamos con una estructura mental, como lo menciona Ernest Cassirer, en la que se enmarca la racionalidad. Él denomina a esa estructura «circulo funcional», y está constituida por un «sistema receptor» (donde se captan los estímulos

² FITCHER, Joseph. *Sociología*. Barcelona: Herder, 1966, p. 33.

del medio), «un sistema efector» (donde se produce la acción) y un «sistema simbólico» (en medio de los dos anteriores), que incluye todo lo ligado a la cultura, las significaciones, los valores y las normas.³ Esto último es de suma relevancia para nosotros. Precisamente es aquí, en esa unidad de este asombroso «circuito», donde el libro ejerce su influjo. Los seres inferiores no pueden tomar en consideración la enseñanza, los valores, las significaciones, los razonamientos, las abstracciones; en contraste, el hombre se desarrolla en una comunidad de la que recibe influencias. Estas provienen tanto de sus semejantes como de objetos diversos. Es decir, aquellos son incapaces de tomar en cuenta lo que constituye la cultura; nosotros, en cambio, vivimos de cultura y la creamos. Entiéndase por cultura lo que Clifford Geertz propugna, es decir, una urdimbre que consta de múltiples significaciones.⁴

Si hablamos de la relación tanto con sujetos como con objetos, no está de más mencionar el grado de dependencia que hemos desarrollado hacia una serie de objetos, algo que ciertamente es alarmante, pues llega a afectar directa o indirectamente nuestras actitudes. Un caso particular es el de la gran influencia que ejerce sobre muchos de nosotros la televisión, hasta el punto de convertirnos en lo que Giovanni Sartori denomina el «homo videns», la especie humana que solo ve y actúa mecánicamente. Interpretando la tesis sostenida por este autor, él hace referencia a la revolución multimedia de la que forma parte el individuo, que es un proceso que aglutina distintos medios como la internet, la televisión y las computadoras personales.⁵ Consecuentemente, la vida cotidiana se convierte en un video-vivir en donde todo termina siendo visualizado.

Una palabra asociada a este hecho es «alienación». De manera que en condición de «alienados» somos autores de acciones que en realidad no son propias de cada uno de nosotros. De allí que tampoco nos ciñamos a lo que el bien, lo correcto y lo justo nos obliga. No obstante, apelamos a patrones que en nada compatibilizan

³ CASSIRER, Ernest. *Antropología filosófica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1968, p. 45.

⁴ GEERTZ, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Herder, 1992, p. 20.

⁵ SARTORI, Giovanni. *Homo videns*. México: Taurus, 2001, p. 30.

con una adecuada manera de ser. Solo basta mencionar la influencia negativa de la publicidad en la sociedad contemporánea, pues promueve el consumismo, alienta la estandarización y sobrevalora la belleza física y la riqueza material. Todo ello en detrimento de los valores en todas las edades y estratos sociales.

Nos preguntamos, entonces, ¿cómo conseguir una formación que responda a una actitud ética sólida? La respuesta apunta claramente a una correcta formación cultural. Eso no necesariamente nos sitúa en las primeras etapas del individuo, pero sí es necesario considerar la preponderancia de ese periodo. La lectura en el hogar y en la escuela es un aspecto de suma relevancia en la cultura humana para consolidar el *ethos* o los valores ligados a lo bueno y lo malo. Aun cuando son los padres quienes leen los libros infantiles a sus hijos, consi-guen transmitir el mensaje que el cuento o la historieta propone. Se pone de manifiesto ya en este temprano contacto, aunque de manera simple y tierna, un mensaje que encierra acciones y razonamientos sobre lo bueno y lo malo. Posteriormente, ya en la edad escolar, el niño va tomando conciencia de la necesidad de contar con una cultura cívica o ciudadana. Se le imparte las lecciones concernientes a la cultura del país, a los grandes momentos que marcaron la sociedad nacional, y sobre todo, se valora a las grandes personalida-des, la heroicidad, la inteligencia, la valentía de muchas de ellas. Se toma como modelo de conducta a esas personas notables. Se trata entonces de inculcar sus valores en el estudiante.

Así, una vez más, el libro desempeña un rol preponderante, pues constituye un medio eficaz que transmite todo este bagaje de conocimientos y valores estrechamente ligados al entorno del estudiante. ¿Qué otro medio hoy en día, sino el libro, puede forjar a cabalidad y seriamente una conciencia ética basada en paradigmas? Esto, sobre todo, tomando en consideración las etapas tempranas del individuo. De manera que se va conso-lidando una mentalidad caracterizada por la sensatez, dado que el menor podrá identificarse con algo o con alguien, decir a dónde pertenece, qué le pertenece, qué es digno de admiración. Tengamos en cuenta lo que mencionó Fernando Savater al respecto de los libros y su protagonismo en la educación: «El texto escolar sigue siendo una herramienta básica de la educación si está bien detallado y pensado [...]. Está muy bien pensado como instrumento de transmisión de cultura y almacenamiento. Siempre y cuando no se convierta

en un fetiche inamovible, siempre y cuando sea un instrumento; mas no un arma». Queda implícito que se debe promover el vínculo entre el menor y el libro. Pero al mismo tiempo, es necesario cerciorarse del buen contenido que se le proporciona para la lectura.

Buscando más cualidades loables del libro, hallamos otra dimensión: es imprescindible tomar en cuenta la lectura brindada por la narrativa, pues posee una importancia considerable en este proceso de instrucción. Y no es para menos, puesto que las moralejas y las múltiples enseñanzas que pueden extraerse de las fábulas, cuentos e historias que el educando capta e interpreta durante su infancia le permiten formarse una conciencia ética, aun siendo ésta primaria. Por ende, el menor aprenderá de cierta forma a convivir, pues ya tendrá alguna noción del respeto por los demás (o del deber ser), y sabrá que no puede actuar de manera irreflexiva, así como también se irá esbozando su sentido de la solidaridad. Tan significativos son los mensajes que se desprenden de estos relatos que inclusive podrían tener cabida o validez en la vida de los jóvenes y adultos. El Premio Nóbel de literatura, el novelista José Saramago, acierta al afirmar lo siguiente: «La lectura de los cuentos para niños tendría que ser obligatoria para los adultos. Estos textos son fábulas morales, en las que se enseñan valores que consideramos indispensables, como la solidaridad, el respeto por el otro y la bondad. Pero después, nosotros, los adultos, somos los primeros en olvidarlos en la vida real».⁶ Nada más cierto, porque en una actitud ufana y reprochable, tendemos a menospreciar el valor de ese tipo de lecturas; o peor aun, creemos que las enseñanzas que de ellas se desprenden solo tienen aplicación en el casto mundo del niño. Sin duda, todo un error.

La *paideia* moral del libro se mantiene durante toda la vida. De hecho, su importancia se acentúa en las etapas como la juventud o la adultez. La primera es una etapa en la que la buena lectura es una actividad ineludible pues constituye una especie de refugio de la vorágine publicitaria y consumista que pretende arrastrar a todos. Como lo había mencionado, los medios de comunicación bombardean al individuo estimulando el

⁶ <weblog.mendoza.edu.ar/nacionales/archives/001405.html>. Consulta hecha el 25 de octubre de 2006.

apetito por consumir frivolidades. Una vez más el libro y su variada temática le proporcionará al joven una perspectiva más juiciosa de lo que puede hacer o de lo que ocurre, pues el libro, con su naturaleza instructiva (particularmente cuando se trata de literatura), será un gran aliado, más aún tomando en cuenta que esta etapa se caracteriza por los conflictos en el ámbito de las amistades o la predisposición a adquirir malas costumbres de los amigos.⁷ Es imposible no poder valorar, por ejemplo, un libro valiosísimo, idóneo para esta etapa como el de *La inteligencia emocional* de Daniel Goleman, quien destaca la importancia de mantener la cordura en situaciones críticas. A propósito de la irascibilidad, por citar otro ejemplo, el aporte de *Crimen y castigo* en la dimensión ética es muy apreciable, pues qué mejor caso que el de la agonía mental de Raskólnikov tras consumir el crimen. Así, la literatura nos depara innumerables moralejas para afianzar y encaminar nuestras actitudes. No es necesario extenderme sobre la adultez, teniendo en cuenta el aporte y la validez del libro para todas las edades en general por las razones ya mencionadas, aunque hay que rescatar que las obras de formación humana nos brindan un perfil del ser humano que debemos tomar en cuenta, porque un adulto con frecuencia arrincona las enseñanzas morales en el ámbito familiar y principalmente en el laboral. De allí que pululen la corrupción o el trato inhumano e impersonal hacia los demás. Sin embargo, el aporte del libro sería neutro si la lectura no se acompañara de una correcta formación cultural y, más importante aún, del calor o afecto familiar.

Emancipación e ilustración: consolidando una conciencia crítica

Luego de haber expuesto el aporte valioso del libro en la realidad ética del hombre, proseguiré desarrollando el segundo punto de la tesis, centrando ahora la atención en el plano de su pensamiento crítico.

⁷ BARON, Robert. *Psicología*. México: Prentice Hall, 1996, p. 359.

Ya en la parte introductoria hacía referencia a un relato de Platón —la caverna—, que precisamente describe aquel tenebroso lugar en el que se hallaban unos prisioneros que solo podían ver sombras, sin poder observar los objetos reales. Pues bien, aquello equivale a mucho de lo que el hombre contemporáneo suele hacer. Es decir, captar de manera vaga y acrítica el conocimiento o la información que se le presenta. Por consiguiente, se vuelve un individuo fácilmente manipulable o maleable, cuando no un prisionero de la cerrazón, del dogmatismo. Y todo esto porque carece de una cultura amplia, o si posee algo de ella, es sumamente endeble. Una vez más, en esta dimensión que concierne a la actitud crítica del ser humano, el libro constituye un excelente medio para mitigar este letargo mental. Es importante considerar cuán notable ha sido el progreso en esta materia si tomamos en cuenta al hombre en las distintas etapas de la historia. Desde luego, la posibilidad de valerse por sí mismo, de hacer sentir su presencia, de poner en tela de juicio lo que se le imponía casi desde su nacimiento (ideologías, costumbres, maneras de vida, etc.), se ha incrementado de manera paulatina. Hay que advertir, sin embargo, que esta actitud de no docilidad (pero positiva) ha estado en función de la difusión del conocimiento, pues qué mejor manera de alimentar el inconformismo, de superar la pasividad y de convertir al individuo en un auténtico protagonista de la historia que exponiéndolo al saber humano, y en gran parte, o acaso íntegramente, al libro.

Sin importar la temática (literaria, política, científica, periodística, histórica, sociológica, filosófica, etc.), cada libro nos proporciona una mirada distinta, pues el lector juicioso hará un paralelo entre el mundo que se plasma en el libro y el mundo inmediato del que forma parte. En el libro podrá encontrar un medio valioso que no solo le permitirá enriquecer su acervo cultural, sino contar con una especie de preceptor o guía que le permita emanciparse de todo aquello que lo mantiene en la ignorancia y le permita hacer un uso cabal de la razón. Debo aclarar esto recurriendo a un clásico texto filosófico de Emmanuel Kant, llamado «¿Qué es la Ilustración?». Es necesario precisar que Ilustración es una palabra que describe una actitud, una manera de pensar propia del siglo XVIII, antes de que ocurriese un acontecimiento clave para la historia universal como fue la Revolución Francesa. No obstante, Kant la define de una manera que en verdad incita a la meditación.

Para este filósofo, Ilustración es «[...] la salida del hombre de su minoría de edad», y con «minoría de edad» alude a la imposibilidad de formular juicios de forma autónoma que hace que el resto actúe en nuestro lugar. Entonces, el «menor de edad» recibe imposiciones a ciegas, tal como lo mencionaba líneas arriba. Prosigue Kant: «La minoría de edad estriba en la incapacidad de servirse del propio entendimiento, sin la dirección de otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad cuando la causa de ella yace en la falta de decisión y ánimo para servirse con independencia de él, sin la conducción de otro». Queda claro que aun un hombre en plena madurez puede caer en esta especie de adormecimiento. Más aún, Kant menciona algo alarmante, y por cierto, digno de increparnos: «La mayoría de los hombres [...] permanece con gusto bajo ella a lo largo de la vida, debido a la pereza y la cobardía». Esta es la situación en la que se suele encontrar la gente de hoy, inclusive a sabiendas de que para construir nuestra capacidad crítica, el libro es un buen aliado. Pero qué más pesado y dificultoso para algunas personas que leer un libro, reflexionar, cavilar sobre temas que le conciernen, acrecentar su cultura, su léxico y con ello volverse más competitivas.

Se arguye con frecuencia que debido a las múltiples y arduas actividades a las que el hombre debe dedicarse cotidianamente, se dificulta la interacción con el libro. Sin embargo, solemos emplear una gran parte de nuestro tiempo libre en la televisión o en cualquier otra actividad infructífera. Retornando a Kant, en una sección del texto queda explícita una manera de ejercer la razón: el uso público de la razón. Lo que pretende señalarnos este pensador es que ese concepto implica la difusión del conocimiento con la finalidad de librarnos de un estado de docilidad y mansedumbre. Señala: «Entiendo por uso público de la propia razón el que alguien hace de ella, en cuanto docto, y ante la totalidad del público del mundo de lectores». A propósito de ese uso público, Kant se vale de casos particulares para comprender mejor el concepto. Por ejemplo, cita el caso de un ciudadano que está obligado a pagar sus tributos al Estado, algo que se debe hacer normalmente, acatando las leyes. El problema surge cuando existe alguna arbitrariedad o injusticia en esa obligación y cuando, por ende, el ciudadano condena públicamente tal atropello con toda razón. Todo ello es lo justo y nuestra razón avala nuestras réplicas. Queda claro que el libro es una forma del uso público de la razón. Pero tras una

lectura atenta del texto de Kant, es posible extraer un fragmento paradójico, casi al inicio: «Si tengo un libro que piensa por mí, un pastor que reemplaza mi conciencia moral, un médico que juzga acerca de mi dieta, no necesitaré del propio esfuerzo». Este fragmento acaparó toda mi atención. Hay que advertir que se trata de una leve contradicción, pues al afirmar Kant la existencia de una razón pública que pretende superar la insensatez y el yugo de la ignorancia, al punto de considerar que nadie debe restringir la libertad del uso de la razón pública y que de lo contrario eso implicaría un crimen contra la naturaleza humana, no vendría a ser muy coherente el referirse al libro en esos términos.

En todo caso, lo que debe rescatarse (de modo irrefutable) es la importancia de la lectura como actividad que promueve y hace efectivo el uso de la razón (pública y privada) que él mismo propugna. Sin duda, es en esta manifestación de la razón (y en casos similares) en la que se sitúa el libro, dado que representa un portador de la voz humana, o si se desea, una luz tras haber superado la penumbra, como en el mito de la caverna. Casos que hacen palmaria esta afirmación, existen muchos en la historia. Mencionaré, por ejemplo, la trascendencia del libro entre los siglos XVI y XVIII, cuando promovió cambios de mentalidad hasta entonces desconocidos en la Europa moderna. Aunque gran parte de este periodo no pertenezca propiamente al Siglo de las Luces o Ilustración, se hace evidente un avance en lo concerniente a la razón humana. Aquellos tiempos estuvieron caracterizados por gravitantes cambios para las sociedades, esto porque se experimentó una expansión del comercio internacional, el ascenso de la burguesía en casi toda Europa Occidental, la reforma protestante y la contrarreforma católica.

La conjunción de todos estos aspectos no dejó al margen la gran difusión de la lectura y el libro. De hecho, fue tal esa aceptación y contacto con el libro que se puede hablar de cambios en las mentalidades de las gentes de aquel entonces, resumidos en dos palabras: secularización y politización.⁸ La primera debe entenderse como una mirada que dista mucho de la otrora mirada ingenua del mundo; implica un considerable desarraigo de los dogmas y un escepticismo respecto a las explicaciones fantásticas o sobrenaturales del mundo.

⁸ BURKE, Peter. *La cultura popular en la Europa moderna*. Madrid: Alianza Editorial, 1991, p. 360.

Peter Burke indica que esos cambios de mentalidad, promovidos en gran medida por la literatura popular, estaban teniendo un impacto considerable en la cultura popular. Definitivamente, fue sorprendente el gran avance del pensamiento humano en ese sentido, pues el hombre se formó una mentalidad más centrada en él y su relación con el mundo, y seguramente tomó conciencia de que era parte de ese mundo y de que podía modificarlo para su bien. Por otra parte, este historiador afirma que la politización o extensión de la conciencia política implica un incremento del interés de la gente por los temas ligados al Estado: la guerra, los impuestos, los problemas económicos y religiosos. Pero señala algo aún más importante: «La conciencia política puede ser definida como el conocimiento de estos problemas y sus posibles soluciones, surgiendo así una “opinión pública” y una actitud crítica (no necesariamente hostil hacia los gobiernos)».⁹ Una vez más, nos hallamos ante un logro de suma relevancia: ahora que el hombre puede estar al tanto de los temas del Estado, la información, la lectura y el libro le brindan esa gran posibilidad de incorporarse de manera efectiva al gran cuerpo estatal, de ser un ciudadano. El conjunto de todas estas características bien puede representar un requisito indispensable si se quiere construir democracia.

Podría rebatirse lo mencionado, aduciendo que la televisión representa también un medio eficaz de constituir una mentalidad crítica. Este argumento es fácil de derrumbar, pues la televisión posee una forma particular de transmitir información debido a que, como explica Sartori, la imagen que difunde forma opinión de manera «horizontal», arrasa con todo líder de opinión y mengua nuestra capacidad de comprender a cabalidad determinados hechos, y esto porque impide que las múltiples opiniones se mezclen o que conformen una «cascada» en donde las opiniones se alinean o se contraponen.¹⁰ Es decir, la imagen lo es todo, no admite reproches; el ojo tiene que creer lo que ve, aunque engañe, nuestras opiniones tienen ya poco sentido, entonces ya no es necesario cavilar sobre los temas y buscar en quién creer o en quién no. Pero además, hay que considerar que la televisión, salvo casos excepcionales, está infestada de auténtica escoria comunicativa.

⁹ *Ibíd.*, p. 362.

¹⁰ SARTORI, Giovanni, *ob. cit.*, p. 75.

Inclusive los telenoticieros nos muestran informaciones que poco o nada se prestan para la crítica, o resulta difícil captar a cabalidad un tema, dada la limitación del tiempo, que preponderantemente se exhiben imágenes y que en muchas ocasiones las noticias se desarrollan de manera primaria y superficial. Es probable que un programa político televisivo nos informe menos que un libro de Noam Chomsky u Oppenheimer, pues con un libro los temas se desarrollarán de manera íntegra y aceptable, lo que se presta para una discusión más elaborada y juiciosa.

Sintetizando lo expuesto, debo recalcar cuán importante es en nuestras vidas un libro, pues como hemos observado, puede aportar mucho tanto en el plano ético como en el de nuestra conciencia crítica. Formarnos con libros representa lo que aquel prisionero maniatado hizo en la caverna de Platón, es decir, deshacerse de lo que le impedía moverse y ver la luz. Ver la luz significa iluminar nuestra razón y actuar de acuerdo a ella. Es fácil vivir en la penumbra; como decía Kant, es propio de espíritus perezosos e irresueltos. Sin embargo, nuestra esencia, nuestra verdadera naturaleza no es digna de ser mantenida en tales circunstancias. Debe ver la luz para que su camino no sea niebla o sombras.

La experiencia de la lectura

Luis Fernando Jara León

Seudónimo: Erasmo

Egresado de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas

Código 19862288

Tercer puesto

Siento que detrás de cada libro hay una persona que me habla.
Ray Bradbury, *Fahrenheit 451*

Introducción

En los catálogos que presentan a la PUCP, suele aparecer, como emblema de nuestro quehacer universitario y de lo que se busca inculcar en el alumno, una expresión que siempre me ha parecido contundente por su brevedad y su verdad: «Aprender a aprender». Un aspecto esencial de esa capacidad para el aprendizaje es, indudablemente, la lectura, porque esta es presupuesto esencial de toda actividad intelectual.

Nuestra condición de universitarios —en tanto vinculados con una universidad— está inexorablemente entretrejida al ejercicio de la lectura, que debiera ser sistemático y riguroso; de ese modo, se allana el camino del aprendizaje y se ejercita la inteligencia, la creatividad y la imaginación, pilares fundamentales de la condición universitaria. La lectura aviva natural y permanentemente el espíritu crítico, rasgo esencial de todo sujeto vinculado con la universidad.

Leer con ánimo crítico no significa meramente pasar los ojos por el entramado de las palabras: es una operación mucho más compleja que consiste en penetrar en el texto; significa desentrañar las ideas que sostienen el andamiaje verbal y ver cómo ellas son el espejo que refleja qué piensa y qué siente un individuo, un grupo, una generación o una cultura.

Sapere aude, legere aude o el itinerario de la lectura

¿Por qué alguien decide entrar en un libro?; es decir, ¿por qué alguien decide convertirse en un lector? Las respuestas pueden ser tan amplias como múltiples las posturas que un lector puede asumir frente a un libro, frente a su lectura. La analogía entre el acto de leer y el acto de viajar ayuda a imaginar esas diversas respuestas. Algunos lectores son viajeros ocasionales que, una vez atravesado el umbral, deambulan azarosamente por el camino, con etapas y con cambios de direcciones imprevisibles. Otros son viajeros impenitentes, nómadas o navegantes de largo aliento, entusiasmados en una búsqueda que en sí misma encuentra su razón de ser. Otros son exploradores o cazadores furtivos que, con la mirada despierta, le siguen la huella a una idea o persiguen incesantemente la respuesta a una pregunta, saltando de libro en libro, o haciendo acopio de lo que encuentran en el camino. Algunos lectores caminan solitarios, guiados por su intuición o su imaginación; otros lo hacen en compañía, a veces con una brújula o un guía, que abre el camino y aparta los obstáculos. Algunos viajan sin equipaje, otros van arduamente cargados —accesorios de medida y observación, cartas, brújulas, e instrumentos para iluminar el camino—. Nómadas o sedentarios, metódicos o vagabundos, los lectores inventan en la lectura las reglas y el destino de cada uno de sus recorridos.

Pero, otras preguntas se imponen: ¿a dónde van?, ¿de dónde vienen?, ¿qué buscan? Los lectores pueden estar guiados por la búsqueda del conocimiento y de la sabiduría, por el deseo de extrañamiento o evasión, por el incesante impulso de un sentido ético y estético, o por el inaudito placer que encierra la lectura. Toda lectura, como todo viaje, supone una experiencia de alteridad y un productivo trabajo de adentramiento y escaqueo sobre uno mismo.

El lector, como el viajero, recolecta y se alimenta en el camino. Pero, viajar, peregrinar supone también dejar trazas en los espacios recorridos. Estas trazas, como límpidos faros, pueden guiar a otros lectores o servir como signos de reconocimiento al caminante deseoso de encontrar sus propias huellas. Algunas trazas son discretas, íntimas y evanescentes; otras pueden ser perdurables y afectar la ecología del texto, modificar el sistema o subvertirlo.

El lector practica el definitivo arte de la transgresión. Su derecho y su poder lo llevan a sobrepasar los límites: una vez que se le da el derecho de pase, va donde mejor le parece. La libertad inalienable que tiene el lector la ejerce apropiándose del texto. El lector tiene la potestad de transformar la linealidad encuadrada en el tiempo de una lectura o de una escucha en el recorrido de una topografía. La escucha, que engarza la atención al filo de una voz, o el espléndido mecanismo del ojo yendo y viniendo a lo largo de las líneas de la escritura, despliegan un espacio no lineal, con sus relieves y sus abismos, donde el pensamiento puede evadirse por los caminos de la memoria, del sueño, de la intuición, del deseo, de la fantasía, de la imaginación. La lectura es un arte del espacio y del tiempo que, maravillosa paradoja, los trasciende permanentemente.

El lector controla y modula su práctica, orienta y focaliza su mirada, instrumentaliza el texto y su lectura en una cadena de operaciones intelectuales y afectivas. El recurso a los libros puede estar motivado por la búsqueda de información o de sentido, de verdad o de autoridad. La lectura puede ser también una actividad autónoma, que encuentra en ella misma su propia finalidad. Pero, siempre, la lectura reposa sobre un juego de roles mudables, permutables. Frente a un libro, el lector puede asumirse, definirse o comportarse como discípulo, como aprendiz, como aspirante al conocimiento, al sentido, al deleite o a la sabiduría. Su relación con el libro puede basarse en el respeto y la modestia, la incondicionalidad y la sumisión; también, en la irreverencia, la crítica o la ruptura. Al lector le asiste la facultad de mirar rigurosamente el libro para refutar una teoría, denunciar el anacronismo de un saber o socavar el poder de una autoridad.

El lector puede privilegiar la literalidad, el estilo, los contenidos informativos o los efectos del sentido general, ver un sentido codificado o esclarecido por una información exterior, como la vida o la obra del autor. Puede representarse el libro como una superficie o como una sima, sentirlo superficial o insondable, explorarlo de tal modo que su descubrimiento se inscriba en una temporalidad progresiva o en el resplandor de una intuición. Puede percibir en el libro su intencionalidad directa y circunscribir su campo de interpretación, o advertir todas sus posibilidades, su naturaleza abierta, y multiplicar sus «decires», vincularlo con múltiples textos y diversas historias. El lector puede también advertir la compleja estructura de un texto, su integridad y su coherencia, sentir su fácil apertura o su resistencia, que dependen del modo en que las palabras y las ideas toman la forma de un tejido, de un texto. En el entramado que forman la expresión y el contenido (la forma y el fondo) residen la luz y la sombra de un texto.

Debiera ocurrir siempre que la lucidez del lector descubra la luz y la sombra del texto. Bajo el impulso de una lectura luminosa, el lector pone en funcionamiento su pensamiento, su imaginación y su memoria; bajo su acción, el texto se pone a trabajar. Su mecanismo y su carne palpitan en el esfuerzo que despliega el lector para comprenderlo. Pero, ¿qué significa realmente comprender un texto?, ¿supone desandar el camino del autor, quien lo ha pensado y le ha dado forma?, ¿es esto posible?, es decir, ¿se puede reproducir el camino de un pensamiento?

Comprender un texto, penetrarlo con una lectura luminosa como una linterna, no debe suponer solo la búsqueda de la adecuación del pensamiento del lector al pensamiento del autor; también debe suponer la búsqueda de los márgenes, de las pequeñas o grandes grietas. Una búsqueda así resulta más enriquecedora y fecunda. Es verdad que el itinerario visual e interpretativo que implica toda lectura supone recorrer el itinerario trazado por el autor; pero este recorrido no significa seguir los mismos pasos, sino trazar las figuras de un recorrido que se quiere y se sabe aproximación. Se puede seguir este itinerario para aprender, verificar, validar, descubrir, comprender o, si se quiere un camino más osado, para ponerse a prueba o conocerse a sí mismo.

La tarea del lector debe consistir en interiorizar el texto, inscribirlo en su memoria y hacerlo trabajar en su mundo interior, o utilizarlo como punto de partida, como fuente, como objeto de su trabajo intelectual. En algunos lectores, la lectura está íntimamente ligada al ejercicio de la escritura. Más allá de la lectura por diversión, que, en principio, solo deja huellas impalpables y difusas (aquellas de la experiencia íntima, del placer, de la emoción, de la reminiscencia), se halla esa otra experiencia que deja trazas materiales y visibles sobre el texto mismo (que, luego, devendrán en notas, citas, ejemplos, etc.) o que supone la «invención» de otro texto, producto también del estímulo catalizador de los que se han leído.

Las trazas dejadas sobre el texto mismo constituyen una escritura, en muchos casos personal e intransferible. El lector anota sobre los márgenes según un alfabeto íntimo que da cuenta de los «lugares» en que se debe detener, a los que debe volver. Este lector subraya, anota, resalta, destaca, dibuja y, al hacerlo, deja sobre la página un palimpsesto embrionario hecho de palabras claves, de asociaciones de ideas, de diagramas, que pueden tomar la forma de nuevos textos. Esta escritura obra a favor de la inteligibilidad del texto leído a través de los comentarios, refleja bien el camino de una lectura minuciosa y las operaciones de interpretación y elucidación que la acompañan. Ciertamente, en todos los casos, la exégesis debe preservar la coherencia del texto, aunque cuestione sus formas o su sentido.

Extraer, clasificar, reunir, acumular: gestos que implican movimiento, la voluntad de hacer, de actuar, de producir. Estos procesos se apoyan en técnicas mentales y procesos cognitivos como la memoria, la construcción de categorías, de criterios de elección y selección, pero también en dispositivos materiales, y en diversos soportes y formas de escritura: márgenes de texto, fichas, cuaderno de notas, base de datos o tratamiento de texto informático.

Anotar, citar, organizar, reescribir son operaciones que suponen una concepción utilitaria del hábito de la lectura. Guiado por su curiosidad o por un proyecto intelectual, el lector ensaya sacarle buen partido a su frecuentación de libros. La gestualidad del lector aprovechado (que destaca o dibuja en el texto y luego

reescribe en otro soporte) descontextualiza o recontextualiza los materiales lingüísticos o los objetos del saber, lo que presupone una concepción del texto o del libro como campo intelectual, como espacio paradigmático en cuanto al uso del lenguaje y las ideas.

Como en la novela de Bradbury o como lo quiere Steiner, un lector con todos los sentidos dispuestos y entrenados para «escuchar» al libro es el lector ideal. Pero este ideal presupone una verdad más esencial: amar la lectura o, al menos, entusiasmarse íntimamente con ella. El entusiasmo o el interés como impulso mínimo de la lectura y no tanto ni tan utópico ni tan hermoso como en Borges, que imaginaba el paraíso bajo la forma de una biblioteca.

El espacio y el tiempo de la lectura

Los dos planos que se considera tradicionalmente como aspectos constitutivos del acto de leer, el plano intelectual y el afectivo, están estrechamente vinculados con la subjetividad. La implicación del lector es, prácticamente, inexorable en la medida en que estructuralmente es apelado por el texto. La eficacia de ciertas operaciones de lectura está condicionada por el nivel de implicación del lector. El ejemplo más concreto se da en el proceso de representación. Las imágenes mentales construidas por el lector a partir de la lectura son, en razón de lo incompleto en cuestión estructural del texto (el autor o emisor de un texto no puede describirlo todo ni describir completamente), necesariamente subjetivas. La lectura de un relato, por ejemplo, ofrece una meridiana claridad: el modo como un lector imagina las características del espacio, los rasgos de los personajes, el timbre de sus voces, etc., tiene la huella de la experiencia vital y cultural del lector. Y, evidentemente, estas imágenes mentales, fundadas sobre la memoria personal del lector, tienen una dimensión intelectual y afectiva.

A través de la lectura, dos topografías buscan el ansiado encuentro: la primera está dada y materializada en el texto, y es producto de la voluntad del autor; la segunda es la del lector, la de su voluntad y, por ende, la

de su subjetividad, la de sus momentos de sorpresa, la de los lugares donde se detiene, donde salta etapas, donde retorna y se adelanta. Leer supone no tanto ponerse en posición de consumidor frente a una imperativa intencionalidad como adoptar una postura activa, determinante, que escape a caminos trazados de antemano. Ciertamente, el texto existe a partir del acto de constitución de una conciencia que lo recibe, lo que concede pareja importancia al lector y al autor en el juego de la imaginación. Por eso, Eco concibe el acto de lectura como una «cooperación interpretativa» y una «interpretación crítica».

Ya Proust nos había enseñado a reconocer que el lector real está en el corazón de toda experiencia viva de lectura (aunque su énfasis estaba puesto en el dominio de los textos literarios), de toda aprehensión sensible, ética y estética de las obras. Muchos escritores —en el sentido más amplio de productores de textos— evocan sus experiencias íntimas de lectura en el acto de escribir, de tal modo que se puede llegar a afirmar que toda escritura implica una memoria más o menos visible de la biblioteca personal que todo lector tiene interiorizada, las huellas de una genealogía indisociables de lo que los textos provocan.

Isidoro de Alejandría pensaba que la escritura y la lectura hacían posible una conversación a través del tiempo y el espacio, porque atribuía a las palabras el poder de comunicarnos silenciosamente el propósito de los ausentes. Petrarca, en sus Diálogos imaginarios con San Agustín, introduce la idea de una nueva forma de leer: no se trata de utilizar el libro como soporte del pensamiento ni de atribuirle la autoridad de un sabio; se trata, más bien, de tomarlo como fuente de una idea, de asociarla con otra surgida quizá de otro texto guardado en la memoria, y de vincularlo todo a través de reflexiones personales, lo que quizás produzca otro texto. De algún modo, Petrarca sentaba las bases de lo que ahora se conoce como hipertexto.

La forma de lectura defendida por Petrarca pone en práctica una función acumulativa y comunitaria del acto de leer, proceso que alimenta la adquisición de conocimientos y que se desarrolla según el modelo de progresión geométrica, a través del tiempo y del espacio. En nuestra época es la informática la que ha dado al concepto de acumulación y comunidad toda su fuerza. Y el sueño de Isidoro de una conversación

trascendiendo las variables temporales y espaciales es, desde el desarrollo de internet y los progresos tecnológicos, una imponente realidad.

Tantas cosas han cambiado desde la aparición del papiro, del pergamino y desde que el viejo Gutenberg asombrara al mundo con su invento. El «arte» de la lectura —o, más precisamente, el aprendizaje de este arte, que consiste en un proceso de elaboración de sentidos a partir de ideas estructuradas en un código lingüístico— está en curso de mutación, que se hace radical desde la aparición de internet.

Internet aporta a la lectura una dimensión espacial y temporal inaudita, que constituye un nuevo principio de estructuración y de apertura, y que le permite al «lector» devenir en actor de su propio camino de adquisición y comprensión del saber. El desarrollo abrumador de internet y la implantación de las nuevas formas de comunicación que trae consigo pueden provocar en los usuarios cambios ideológicos y perceptivos, y obligarlos a ejercitarse en hábitos lingüísticos distintos, como productores y receptores de mensaje.

Internet presupone una lectura como una invitación a «navegar», por asociación de ideas o palabras claves, apoyándose en un razonamiento por analogía, multiplicando las posibilidades y las libertades. A la lectura tradicional que progresa en el tiempo, la pantalla de la web sustituye una lectura simultánea en el espacio. Aquella supone seguir un orden; esta implica elegir un camino. Pero, también, implica una desacralización —¿no es, acaso, un rito el acto de leer?— y una banalización de la lectura y de la adquisición de conocimiento.

Sin embargo, hay que andar prudentemente, atenuar los entusiasmos que pueden engendrar los modernos sistemas de comunicación y abrir bien los ojos en relación con el conocimiento que proporcionan. El acceso a la información no implica necesariamente el acceso al saber y al conocimiento. Acumular, aunque sea de modo estructurado, no conduce siempre a una forma de adquisición de saber. Es verdad que internet abre inmensas posibilidades de adquisición de conocimiento, pero también es cierto que produce otras dificultades y que genera otras tantas preguntas acerca de la pertinencia y la calidad de su información.

Ahora bien, aunque pudiera parecer que el libro como soporte material corra el riesgo de desaparecer abrumado por las nuevas tecnologías de comunicación, la lectura de un libro, por ese añadido particular que conlleva, por esa forma íntima de complicidad que establece con el lector, por el tiempo reposado que contiene y que madura el conocimiento, seguirá siendo acaso el más importante vehículo de comunicación y transmisión de saber.

Pero, para ello, es capital aprender a ser un buen lector. La lectura debe ser asumida como una necesidad —el hombre debiera beber sueños como bebe agua, decía el escritor gallego Álvaro Cunqueiro— para enriquecer la reflexión y preservar la forma del pensamiento. Se sabe que el pensamiento, en tanto que es esencialmente lingüístico, desarrolla mejor sus potencialidades y adquiere su más grande suficiencia con la palabra escrita, y su mejor recepción en el acto de la lectura.

En ese sentido, escribir y leer constituyen probablemente el aporte humano que más ha transformado y beneficiado a su inventor. Es indiscutible la eficacia de la lectura en la transmisión del *modus operandi* del pensamiento y lo es por una sencilla razón: quien lee, piensa. ¿Hay algo más persuasivo que esto para ejercitarse en la lectura?

A manera de conclusión

Siempre hay que recordar que los textos existen porque tienen algo que decir. Su razón de ser es que significan. El deber del lector es desnudar al texto de su ropaje verbal y alcanzar esa materia significativa, comprenderla cabalmente. Eso implica dar en el blanco del texto y hacerlo, como nos recuerda Luis Jaime Cisneros, en tanto que estrategias, en tanto que propósito didáctico y en tanto que voluntad estética.

No sé si sea demasiado optimista respecto de los beneficios de la lectura, pero sospecho que una lectura honesta, consciente, minuciosa, puede revitalizar, reanimar el ánimo y el entendimiento; puede también

Luis Fernando Jara León

alentar la tolerancia y la concertación, abrir el espíritu al diálogo, y dar alas a la inteligencia y la voluntad para buscar la libertad. Sospecho también que la lectura hecha con verdadero entusiasmo puede convertir al lector en un curioso inagotable, un atento buscador del conocimiento, y un sereno perseguidor de la verdad y la belleza. Creo, asimismo, que la buena lectura fortalece, nutre con la necesaria ponderación para relacionarse con el mundo. En resumen, pienso que la lectura bien encaminada, como diría el sabio Gracián, nos vuelve personas.

***El ecosistema de la cultura escrita
y la crisis de la lectura en el Perú***

Osmar Alberto Gonzales Alvarado

Seudónimo: Rapsoda

Egresado de la Facultad de Ciencias Sociales

Código 19846258

Cuarto puesto

Introducción

Con la invención de la imprenta en Alemania por Johann Gutenberg en el siglo XV se inicia lo que Jacques Lafaye denomina «la civilización del libro». A partir del siglo XVI, el libro se constituye «[...] en el soporte de la memoria intelectual y el medio de expresión de las corrientes espirituales, a la par que de la creación literaria, en todo el orbe occidental».¹ Cuando se dice memoria no se la debe entender como la capacidad de recordar que tienen los individuos sino como el conocimiento de la historia por parte de las colectividades.

En las sociedades ágrafas, el medio privilegiado para la transmisión del saber (de las artes y del pasado) era la palabra hablada, que se sostenía en la capacidad de los individuos de retener en la memoria dichos conocimientos. Con la cultura escrita (que va del manuscrito a las actuales tecnologías, pasando por la im-

¹ LAFAYE, Jacques. *Albores de la imprenta. El libro en España y Portugal y sus posesiones de ultramar (siglos XV y XVI)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 13. George Steiner también denomina a esta era «la edad del libro». E Ivan Ilich señala que la importancia del libro ya se puede encontrar en el texto manuscrito, los códices, aunque solo para las élites (*En el viñedo del texto. Etología de la lectura: un comentario al «Didascalión» de Hugo de San Víctor*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002).

prenta) se producen documentos que dan forma a la historia como actividad consciente y disciplinada del ser humano.² Por su parte, la reproducción masiva de textos que permite la imprenta expande la práctica y la necesidad de leer. Gracias a la lectura los individuos pueden conocer su historia y las colectividades fortalecen los elementos de su identidad y reflexividad. Así, libro, lectura y escritura son elementos fundamentales en la constitución de las sociedades modernas. Con la cultura escrita se pasa del recuerdo (individual) a la memoria (colectiva).

En el presente texto propongo un análisis del papel del libro en el Perú y, desde él, auscultar en la configuración problemática del ecosistema de la cultura escrita tomando en cuenta sus diferentes componentes (autores, editores, lectores, librerías, bibliotecas) para poder contextualizar y entender mejor la crisis de la lectura (y de la escritura) que observamos cotidianamente. Esta crisis es parte de procesos más generales que la explican y no una expresión epidérmica o autónoma de fenómenos aislados. De esta manera, la sociología de la lectura puede constituir un mirador privilegiado que permita entender la configuración amplia de nuestra sociedad.

La sociología de la lectura: lo cuantitativo y lo cualitativo

Según Peter Burke, la historia del libro constituye un «[...] enfoque autoconciente de la historia cultural».³ También se puede afirmar que la sociología de la lectura es una de las expresiones de la auto-reflexividad de las sociedades modernas. Al realizar el intento de comprensión y análisis de la realidad de la cultura escrita

² LE GOFF, Jacques. *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós Básica, 1991.

³ BURKE, Peter. *Los avatares de El cortesano. Lecturas y lectores de un texto clave del espíritu renacentista*. Barcelona: Gedisa, 1998, p. 21.

se busca, indefectiblemente, rescatar la función humanizadora de la palabra, tal como nos lo ha recordado Ramón León.⁴

El tema del escaso hábito de lectura en los peruanos ha concitado diversas reflexiones en los últimos años y está presente tanto en el mundo académico como en las agendas gubernamentales. No obstante, la crisis de la lectura en nuestro país no es reciente. El diagnóstico crítico ya tiene algunos años. En una excelente tesis, Julio César Olaya⁵ reproduce juicios de José Carlos Mariátegui (revista *Mundial* del 4 de marzo de 1927) y de Jorge Basadre (*Producción bibliográfica del Perú, 1937-1938* de 1938) que expresan su malestar frente a las dificultades y carencias que afrontaba la sociedad peruana de su tiempo en cuanto a la accesibilidad y gusto por el libro y la lectura. Se trata, pues, de un problema que tiene varias décadas.⁶ Justamente para comprenderlo es pertinente la sociología de la lectura.

En Europa, especialmente en Francia, la sociología de la lectura cuenta con una importante tradición, y constituye un enfoque que abre ventanas y proporciona miradores nuevos para observar y entender nuestra propia realidad. Bernard Lahire propone como punto de partida la siguiente pregunta: siendo la lectura una experiencia tan íntima, personal e intransferible, ¿puede ser estudiada por el sociólogo? Y responde afirmativamente, pues dice que el sociólogo está en capacidad de estudiar el fenómeno tomando distancia de esa relación intensa que se establece entre el lector y el libro.⁷ Es el juego del compromiso y del distanciamiento del que nos habla Norbert Elias cuando analiza el papel del estudioso social.⁸

⁴ LEÓN, Ramón. *Modernidad y mentalidad en el Perú de hoy*. Colección Realidad Nacional, núm. 1. Lima: Editorial Universitaria, Universidad Ricardo Palma, 2005, p. 9.

⁵ OLAYA GUERRERO, Julio César. «La producción del libro en el Perú, periodo 1950-1999». Tesis para optar el título de licenciado en bibliotecología y ciencias de la información. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2001.

⁶ Para un panorama actual sobre la situación de la lectura en el Perú, consúltese el artículo de Silvana Salazar Ayllón, «Claves para pensar la formación del hábito lector», en *Allpanchis*, núm. 66, segundo semestre de 2005.

⁷ LAHIRE, Bernard (comp.). *Sociología de la lectura*. Barcelona: Gedisa, 2004.

⁸ ELIAS, Norbert. *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento*. Barcelona: Península, 1990.

Analizar las formas, usos, frecuencia y finalidades de la lectura requiere de la utilización de estrategias, metodologías y técnicas cuantitativas y cualitativas. Por ejemplo, las cifras que se obtienen por medio de la aplicación de una encuesta poco nos dirán si antes no se han realizado preguntas como qué se entiende por la práctica de la lectura, qué por libro, o si no se han tomado en cuenta factores sociales que enmarcan las respuestas, a saber, la legitimidad otorgada a ciertas lecturas, a determinados libros y autores. Como afirma Lahire: «Esto prueba [...] que los “datos” o los “resultados” de las ciencias sociales nunca pueden dissociarse de la reflexión sobre las condiciones de la medición».⁹ De la misma opinión es Michele Rak, estudioso del sistema del libro en la Unión Europea.¹⁰ En otras palabras, a las cifras hay que premunirlas de un sentido de explicación. Por su parte, Michel Peroni¹¹ sostiene que las cifras obtenidas mediante una encuesta nos proporcionan una mirada estática que nos impide reconocer las características de un proceso que es individual y social, y que el enfoque cualitativo nos permite conocer el proceso integral reconstruyendo la biografía y el aprendizaje —o abandono— de la lectura paralelamente. Las cifras obtenidas y mostradas adquieren así otra relevancia.

Las cifras y nuestro escaso hábito de lectura

Según la encuesta «Hábitos de lectura y ciudadanía informada en la población peruana – 2004» realizada en el ámbito nacional por la Biblioteca Nacional del Perú, al 90% de peruanos le gusta leer. Sin embargo, la pregunta es ambigua, y lo es más aún la respuesta, pues puede significar que la lectura es un horizonte deseable en la mente de los peruanos que no necesariamente se cumple, o que al peruano le gusta la lectura y la ejercita efectivamente. En el primer caso, el encuestado se está refiriendo a la lectura como una actividad de prestigio: es malo decir que la lectura no gusta, pues puede ser motivo de vergüenza. En el segundo caso,

⁹ «Introducción». En LAHIRE, Bernard (comp.), ob. cit, p. 11.

¹⁰ <www.grinzane.net/Osservatorio2001/RAK_spa.htm>

¹¹ PERONI, Michel. *Historias de lectura. Trayectorias de vida y de lectura*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.

la cifra es demasiado elevada, si nos atenemos a otros estudios realizados. Lo que es cierto es que la lectura ha ganado un reconocimiento entre los peruanos.

Si bien los índices de lectura que presenta el Perú son bajos, también es cierto que en el ámbito mundial los niveles de lectura han descendido. En Europa el promedio de libro leído por persona anualmente es de solo uno. Hay quienes explican el descenso en los niveles de lectura por la expansión impresionante de internet y de las nuevas tecnologías; los ciudadanos de hoy prefieren las pantallas a los libros. Sin embargo, un dato que desmiente esta afirmación o, en todo caso, la matiza, es el hecho que siendo Japón un líder en materia de las nuevas tecnologías, sigue siendo un país lector, pues el 91% de sus habitantes tiene el hábito de leer. En Alemania la cifra es menor pero también importante: 60%.

En el resto de América Latina la situación no es muy diferente a la peruana, aunque existen matices. El principal es el énfasis que han puesto algunos gobiernos, como el colombiano, en definir y llevar a cabo políticas específicas de fomento de la lectura. En promedio, cada colombiano lee 1.7 libros por año. En Argentina, en una encuesta aplicada en la capital federal y Buenos Aires, se alcanzaron los siguientes resultados: un 23% son lectores interesados (con cinco o más libros leídos en el último año); un 29% son lectores esporádicos (entre uno y cuatro libros); y un 48% son no lectores desinteresados (no han leído ni un libro). La situación, como se puede ver, es también muy poco auspiciosa. En México las cosas tampoco van bien a pesar de la preocupación del Estado post-revolucionario por construir bibliotecas y dotarlas de libros. A pesar de que en la actualidad existen 6,810 bibliotecas públicas, 80% de los mexicanos, según la encuesta efectuada por la Procuraduría Federal del Consumidor, no ha visitado nunca una de ellas, y solo 2% tiene el hábito lector. En Brasil se realizaron entrevistas a padres responsables de niños y adolescentes para saber qué hacen estos en sus tiempos libres. El 43% de los padres y responsables contestó que sus hijos no perdían el tiempo leyendo libros. Por su parte, en Chile, según cifras de una encuesta aplicada en el periodo 1993-1994, el 43% de sus ciudadanos no lee habitualmente. Estas cifras ayudan a explicar por qué en la encuesta PISA los países latinoamericanos se ubican en el tercio inferior.

La producción editorial y el comercio de libros

Como no podía ser de otra manera, a la crisis de la lectura la acompaña una exigua producción editorial. Adelaida Nieto¹² señala un indicador que coloca a nuestro país en el último lugar de los países que considera para su análisis: en el Perú se produce 0,0001 títulos por habitante, cifra inferior a la de Colombia y México (0,0002), Argentina (0,0004), España (0,0014) y Gran Bretaña (0,0017). Por su parte, la Cámara Peruana del Libro (CPL), también señala el declive de la industria editorial: afirma que entre los años 1996 y 2001 la producción ha bajado de más de 9 millones de dólares a 6.6, lo que representa una caída del 28%. También el sector importador constata una merma: en 1999 disminuyó en 8.22%; en el 2000 en 7.58%; y en el 2001 en 7.04%. El consumo de libros per capita también ha decaído: de 0.26 en 1996 a 0.18 en el 2001. En cuanto al plano laboral, los trabajadores también salieron perdiendo, pues entre 1996 y el 2001 fueron 650 los trabajadores que se quedaron sin empleo.

En el Perú la producción de libros entre los años 1950 y 1998 ha crecido en términos absolutos, aunque con picos y declives: en 1950 se publicaron 762 títulos; en 1960, 916 títulos; en 1970, 885 títulos; en 1980, 602 títulos; y en 1998, 1942 títulos.¹³ En una reciente publicación de Promolibro, encargada a Dante Antonioli, el registro considerado no es el depósito legal sino el ISBN, e igualmente se muestra un aumento entre 1995 (17.9%) y el 2004 (80%). Y entre las abundantes cifras que ofrece este estudio, está la que se refiere al número de títulos registrados entre los años 2000 y 2004: 10,219.¹⁴

Como conclusión, se puede afirmar que no existe un mercado atractivo para el libro en el Perú, así como tampoco es competitivo en el contexto internacional. Al mismo tiempo, la producción bibliográfica es exigua,

¹² NIETO, Adelaida. «La edición en español: alma de aventureros y pies de plomo». <vcv.cervantes.es/obref/congresos/Valladolid/ponencias>

¹³ OLAYA GUERRERO, Julio César, ob. cit.

¹⁴ *El libro en el Perú. Evolución y diagnóstico, 1995-2005*. Serie Estudios. Lima: Promolibro, 2006.

aunque ello no signifique necesariamente que la producción de los autores sea escasa, sino que no hay facilidades para publicar los textos (sean de investigaciones, de creación o de cualquier otro tipo). He ahí una producción intelectual que permanece en la sombra.

El paso del texto escrito al libro depende en mucho de que existan instituciones (e individuos) interesados tanto en la divulgación del conocimiento como en fortalecer la industria editorial. La existencia de un mercado —y de su magnitud—, es decir, de un público interesado en adquirir los libros que circulan, determinará en gran medida el volumen de la oferta editorial. En el Perú esa demanda es pequeña y las instituciones que pueden ofrecer una producción editorial interesante en sus contenidos y amplia en sus tirajes son escasas.

Los niveles de venta de libros en nuestro país son también muy bajos. Según la Cámara Peruana del Libro, entre los años 1996 y 2001 los volúmenes de venta de libros nacionales cayeron en 4.0% y de los importados en 4.5%. Con respecto al texto escolar, nacional o extranjero, las ventas cayeron en 4.0% en esos años. La carencia fundamental es que no existen los lugares apropiados para su expendio. Son las librerías las que deben cumplir con el papel de ofrecer al mayor público posible el libro, pero la realidad de nuestras librerías es pobre y preocupante. Según afirma el portal Libros Peruanos, solo existen unas cuarenta en todo el territorio nacional, con el agravante de que el 55% de ellas se encuentra en los distritos de Miraflores y San Isidro de la capital, que son de altos ingresos. Sin embargo, Dante Antonioli¹⁵ ofrece una cifra más optimista (pero siempre insuficiente de acuerdo a las necesidades del país), pues incluye a las filiales, librerías universitarias, librerías cerradas que forman parte de las áreas comerciales de algunas editoriales, puntos de venta de publicidad de las editoriales y otros expendios de libros, aun cuando en estos se ofrezcan productos no editoriales. Solo exceptúa los espacios de venta en los centros escolares y los puestos en campos feriales (informales).

¹⁵ *Ibíd.*

De alguna manera, los puestos de periódicos y los supermercados cumplen el papel de las librerías, al ofrecer libros a precios módicos, como las colecciones que editan diversos diarios del país y cuyas ventas han alcanzado cifras muy altas. Complementariamente, existen muchas mal llamadas librerías, que son en realidad papelerías que venden, entre otras mercancías, unos cuantos libros, generalmente textos escolares. El Instituto Nacional de Cultura ha avanzado en su proyecto de crear librerías en todas las regiones (hasta el momento ya son 16), esfuerzo que suplirá en gran parte la falta de inversiones y de iniciativa en este rubro.

La importancia de los autores en la sociedad global

Pero no olvidemos que no puede existir el libro si no existen los creadores de textos, es decir, los autores. Como dijo alguna vez el importante editor y director de la Biblioteca Nacional, Juan Mejía Baca: «El libro existe porque hay autor». Pero como señala Roger Chartier,¹⁶ los autores no escriben libros, sino textos que pueden o no adquirir la forma de un objeto impreso, reconociendo en el libro una materialidad específica y la coronación de un largo proceso tecnológico. El autor es el punto de partida de la llamada cadena del libro. Su medio de comunicación es, de manera fundamental, la palabra escrita, aunque también se sirve de la palabra hablada (cursos, conferencias, debates, participación en programas televisivos) y de la palabra digital (páginas web, debates virtuales, artículos en línea, etcétera). Pero por sobre todas las cosas, todavía el autor se comunica mediante el texto impreso.

No debemos olvidar que estamos viviendo el tiempo de la llamada sociedad del conocimiento, de la transmisión internacional del saber, de la globalización, donde son fundamentales los conocimientos que adquiramos y, sobre todo, los que seamos capaces de generar en todo campo del saber. Solo de esta manera podremos ser parte, con provecho, de esa transmisión internacional del conocimiento y no ser simples recipientes de

¹⁶ CHARTIER, Roger. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa, 1994.

conocimientos ya obsoletos de los países que los producen. Ser capaces de absorber lo mejor y más actualizado del saber universal exige, al mismo tiempo, adecuar nuestras instituciones y formar a los peruanos en las capacidades necesarias para adoptarlo provechosamente.

El sentido de la lectura y del libro

Nada como un texto bien escrito para incentivar la lectura. La lectura no es la simple decodificación de signos o palabras: «Saber leer es otra cosa, no es solamente poder descifrar un libro único, sino movilizar, para la utilidad y el placer, las múltiples riquezas de la cultura escrita». ¹⁷ La lectura es, fundamentalmente, la construcción de sentidos, individuales y sociales, pero no podrá haber un sentido compartido, una moral compartida, valores comunes acerca de lo que significa la convivencia si no somos capaces de realizar esta producción de sentidos que nos faciliten la comunicación.

Si la lectura es un bien cultural y por tanto un acto social, la apropiación del sentido de la lectura siempre es interna, íntima, intransferible. En ese proceso interno el lector también va construyendo sus sentidos y sus ideas, potencia y enriquece con su entendimiento e imaginación lo que el autor ha querido transmitir. Esto solo es posible mediante la lectura individual, y para esta se requiere de varias capacidades: abstracción, lógica, concentración, entre otras. Su repercusión llega a otras esferas. Es decir, quien tiene capacidad de comprender un texto la tiene también para comprender a otros individuos, propiciando al mismo tiempo un espacio de tolerancia y de respeto por la diversidad humana, tan necesarios en un país múltiple como el nuestro. Esto es la construcción de una vida democrática, que sustenta al régimen político democrático. A partir de la relación que la persona sostiene con el libro y la lectura se puede humanizar la vida colectiva.

¹⁷ CHARTIER, Roger. *Lecturas y lectores en la Francia del Antiguo Régimen*. México: Instituto Mora, 1994, p. 91.

El libro también ha cumplido, cumple y debe cumplir algunas funciones para el bien de la sociedad, aunque no siempre es así. Sinesio López ha señalado la importancia del libro para el progreso y avance de las sociedades, en tanto prepara a las personas a recibir el nuevo conocimiento.¹⁸ Sin embargo, ciertos libros y determinadas comprensiones de lo leído pueden ocasionar lo contrario; es decir, detener el progreso, impedir la convivencia armoniosa, ahondar los resentimientos, incentivar el fratricidio, frenar la expansión del conocimiento y favorecer una concepción prejuiciosa y retrógrada de la vida. Eso fue lo que ocurrió en la etapa oscurantista de la Edad Media con la Biblia, ocasionando enfrentamientos en nombre de la lectura consagrada o, en décadas más cercanas, con *Mi lucha*, de Adolfo Hitler, que desencadenó el genocidio.

Breve historia del libro en el Perú

En el Perú el libro también ha cumplido diferentes papeles, explicables de acuerdo a los contextos específicos, los cuales se pueden resumir dando algunos saltos históricos.¹⁹

Con la conquista española llegó la palabra escrita; gracias a ella los cronistas pudieron trasladar los relatos orales de los pueblos andinos al papel y darle permanencia en el tiempo. Pero, además, pudieron actuar como traductores y puentes (interesados, eso sí) entre ambos mundos. Paulatinamente, la palabra invasora y su expresión escrita fueron apropiadas y sirvieron para buscar las señas de una identidad específica; los ejemplos son evidentes: *Los comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega y la *Nueva crónica y buen gobierno* de

¹⁸ LÓPEZ JIMÉNEZ, Sinesio. «La batalla del libro». En *Libros&Artes. Revista de Cultura de la Biblioteca Nacional del Perú*, núm. 5, julio de 2003, pp. 2-3.

¹⁹ Un interesante bosquejo de la trayectoria seguida por el libro en nuestro país es el de Danilo Sánchez Lihón en «La historia del libro en el Perú», en *Runa. Revista del Instituto Nacional de Cultura*, núm. 5, agosto-octubre de 1997.

Huamán Poma de Ayala, en el siglo XVI. Pero, simultáneamente, la palabra escrita fue reapropiada por los sectores dominados para cuestionar el orden y defenderse de él, especialmente en los litigios legales.²⁰

Posteriormente, desde fines del siglo XVIII empezó a emerger una cierta conciencia de autonomía en diferentes sectores de la población colonial peruana. La palabra escrita acompañó y en muchos sentidos estimuló la conciencia de individualidad respecto a la corona española. La independencia política también fue un proceso de individualidad cultural, al menos en ciernes, y eso se tradujo en reflexiones de los criollos (que eran quienes mejor dominaban la palabra escrita) y de las élites andinas cultas que justificaban la necesidad de separarse de la metrópoli. Los llamados ideólogos de la emancipación encarnan este periodo. La preocupación por pensar en el ser colectivo estuvo avivada por la fulgurante presencia de las ideas de la Ilustración. De esta manera, las élites andinas cultas (a las que pertenecía Túpac Amaru) y un sector de los criollos trataron de sustentar las razones de la separación de la metrópoli española. La reflexión de Manuel Lorenzo Vidaurre y Encalada es expresiva de lo dicho: *Plan del Perú*, de 1810, primer esbozo de proyecto nacional. En este contexto, el libro —y las ideas que portaba— cumplió un papel subversivo. Hubo títulos que fueron prohibidos por considerarlos peligrosos para el orden, ante ello, a los separatistas no les quedó más remedio que introducir esos libros por conductos ilícitos. El socavamiento del poder también es cultural e ideológico.

Una vez proclamada la independencia, uno de los primeros actos del general José de San Martín fue fundar la Biblioteca Nacional el 28 de agosto de 1821. Desde ese momento, la Biblioteca acompañaría a la república en todos sus avatares. En este nuevo periodo, el libro empieza a cumplir una función totalmente diferente a

²⁰ Véase el artículo de Enrique Cortez, «Una poética crítica: libro y lectura en el Perú», en *Allpanchis*, núm. 66, segundo semestre de 2005. También el de Carlos Alberto González Sánchez, «Indias y otras indias. Cultura gráfica y evangelización en el Perú de la Contrarreforma», en Luis Millones y Takahiro Kato (eds.), *Desde el exterior: el Perú y sus estudiosos*, Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, UNMSM, 2006.

la etapa anterior: de subversivo pasó a ser el sostén de las instituciones republicanas que se querían forjar. Simultáneamente, el libro se constituyó en el pilar de la nacionalidad y en un instrumento —al menos idealmente— de integración.

Desde fines del siglo XIX el libro adquirió otro carácter. Las guerras fratricidas en las que se desangró el país y las posibilidades de progreso siempre defraudadas, confirieron a la palabra escrita y al libro otro carácter, especialmente después de la derrota en la Guerra del Pacífico: de denuncia y de auto-inspección. Denuncia en contra de las élites ineptas. De auto-inspección para explicar la derrota, reflexionar sobre las causas de la catástrofe. Se trata de un periodo amplio, desde fines del siglo XIX hasta finales de la década de los años veinte del siglo pasado. Al mismo tiempo, una vez intentado explicar las causas de la derrota, el libro debería inspirar a los peruanos de entonces a avizorar un camino de desarrollo. Estos temas estuvieron presentes en autores que van desde la generación de Ricardo Palma hasta la de los centenaristas, pasando por la de Manuel González Prada, los novecentistas, los indigenistas y los colónidas. Los proyectos ideológicos que brotaron tuvieron diversos desfuegos: desde la publicación de más obras y visiones del país hasta la puesta en marcha de proyectos revolucionarios. Ambos fracasaron, pues advino la dictadura, se cerró la universidad de San Marcos y se apagaron los núcleos de formación intelectual.

A mediados del siglo XX fueron las obras de creación literaria las que tomaron la posta de la denuncia en contra de la dominación del país y del despojo de las tierras de los campesinos a favor de las grandes empresas imperialistas. Dicho de otra manera, la palabra estética tomó el lugar central cuando aparecieron los grandes escritores que se engarzaron al boom literario latinoamericano. La belleza de la escritura no estuvo desentendida de lo social; la literatura que se produjo contenía un fuerte aroma de denuncia frente a la situación de explotación e injusticia en la que vivía la mayoría de peruanos, especialmente del campo. En el trasfondo está la preocupación nacionalista, la que se manifestará desde el poder por medio del gobierno comandado por el general Juan Velasco Alvarado. La gran cantidad de obras y la profusa utilización de textos de fuerte

carácter ideológico utilizado por el gobierno de entonces nos dicen del nuevo uso del libro y de la palabra escrita. Entonces, el libro debía cumplir el papel de crear una conciencia nacionalista y no alienada.

Paralelamente al fracaso del reformismo militar se manifiesta el declive de la palabra escrita (pero no solo escrita, claro), lo que expresaba la cada vez más insignificante necesidad del poder político de argumentar las decisiones con la finalidad de legitimarlas ante la sociedad. La utilización del libro como base y sustento de los proyectos ideológicos y políticos fue decayendo considerablemente hasta llegar a los extremos patéticos que caracterizaron al gobierno de Alberto Fujimori durante los años noventa. Como resultado del desinterés del gobierno en fomentar la discusión y el debate, los peruanos hemos ido dejando de tener al libro y a la lectura, cada vez más evidentemente, como buenos compañeros. La literatura chicha es parte de este declive. La consecuencia son los resultados vergonzosos y dramáticos que han obtenido nuestros escolares tanto en comprensión de lectura como en razonamiento matemático, que ya conocemos. Hoy estamos dejando de cosechar lo que no se sembró en el pasado. A esta situación la rodean otras circunstancias como la ausencia de proyectos de largo alcance, la crisis de los intelectuales, el escaso desarrollo del conocimiento, el descrédito de los políticos, la poca legitimación de las instituciones. El daño está presente en todos los sectores sociales.

Esta es, de una manera en extremo sintética, una propuesta de derrotero que ha seguido el libro en nuestra historia y de las funciones que ha cumplido. Hoy en día, con los problemas manifestados por la producción editorial, el iletrismo y el deterioro de los niveles en la educación pública (a pesar de su mayor cobertura), los retos que tenemos por delante son inmensos: promover la curiosidad por el conocimiento, el gusto por la lectura, fomentar la escritura, crear espacios de diálogo y forjar ciudadanos.

Los dos rostros del libro

«Los libros son lecturas, pero también son objetos».²¹ Es decir, debemos reconocer en el libro su doble valor: como bien cultural y como mercancía. Cada aspecto genera sus propias acciones y consecuencias, demandando la adopción de políticas específicas.

En cuanto al libro como bien cultural, como portador de conocimiento e información, corresponden al Estado y a las instituciones académico-educativas la difusión de su consumo por parte de los usuarios, en este caso, los lectores. El objetivo central es hacer común y masiva la lectura, no buscar réditos económicos, pero sí el beneficio cultural: el fomento de la lectura, de la escritura y la importancia misma del libro en el desarrollo social. La lectura, bien orientada e incentivada, puede otorgar valores a las personas y acompañarlas en una formación profunda y humanista. Pero, al mismo tiempo, por medio de la lectura es posible impactar positivamente en las condiciones materiales de vida, elevar su calidad. De esta manera, al libro y a la lectura no se les puede concebir como separados de la vida y del bienestar, por el contrario, pueden ser su fundamento.

Al no buscar otra cosa que potenciar el impacto de un bien público, se necesita de un espacio también público y colectivo para usufructuar el beneficio del libro, como son las bibliotecas públicas, que son, al mismo tiempo, un lugar sumamente democrático, pues no existen requisitos para el ingreso a ellas (o no debiera de haberlos), y un espacio de formación ciudadana. La biblioteca pública es abierta y ofrece el conocimiento de todas las disciplinas o ramas del saber, su carácter es diferente al de las bibliotecas privadas o especializadas.

Una expresión netamente diferenciada en el mundo de las bibliotecas es el de las bibliotecas escolares. En ellas también se prioriza al libro como portador de conocimiento e información pero su impacto es más

²¹ CHARTIER, Anne-Marie. «La memoria y el olvido». En LAHIRE, Bernard (comp.), ob. cit., p. 121.

reducido, pues se dirige a un público específico: el de los escolares. Pero es ahí, especialmente, en la educación escolar, en donde cobra mayor trascendencia la determinación del conjunto de lecturas que contribuirán a consolidar una cultura legitimada por las instituciones oficiales así como un tipo de discurso histórico.

El reconocimiento y la difusión del libro como un bien cultural son muy importantes para crear un cuerpo ciudadano, un *demos*, compuesto por individuos proactivos e informados. En otras palabras, para que la semilla de la lectura rinda sus frutos es necesario preparar el terreno social con valores como la comprensión, la tolerancia, la solidaridad, entre otros. Para esto es necesario recuperar el vínculo social, o re-socializarnos y aprender a reconocernos como iguales en las diferencias. Solo gracias a ello se puede pensar en legitimar la democracia como régimen político y como un modo de vida en el que primen la tolerancia y la solidaridad. Es cierto, se trata de construir una sociedad lectora, pero la lectura debe estar al servicio de la constitución de un espacio ciudadano para que el ejercicio de leer cumpla a cabalidad con su finalidad.

En cuanto al libro como mercancía, evidentemente su destino principal es la venta; su función consiste en incentivar el mercado interno de la industria editorial. De manera primordial, es responsabilidad e interés del sector privado. No es su preocupación fomentar el gusto por la lectura, sino crear el hábito de comprar un libro lo más constantemente posible, aunque puede —y debe— contribuir con el fomento de la lectura. Este uso del objeto impreso no es colectivo, es privado y egoísta.

Al impulsar la producción material del libro se estimula una parte de la industria nacional; asimismo, se moviliza a todo el ecosistema de la cultura escrita, es decir, autores, editores, vendedores de papel, impresores, correctores de estilo, diagramadores, librerías, responsables de bibliotecas y lectores. Ello contribuirá, obviamente, a dinamizar y ampliar un mercado que en la actualidad es sumamente pequeño y, en muchas zonas del país, inexistente.

Por otra parte, el impulso a la industria del libro fomentará la competencia y, en consecuencia, redundará en la calidad de las obras a editarse, trayendo un claro beneficio para el lector-consumidor. Esto trae aparejado una responsabilidad empresarial y social de los editores.

La adquisición de un libro no supone necesariamente su lectura. Por ello, una mayor compra de libros no significa forzosamente un incremento del hábito lector.²² De esta manera, puede crecer la industria editorial, aumentar sus volúmenes de venta y la circulación o expandirse las redes de librerías, pero de ese éxito no se desprende un mayor nivel de lectura, al menos no necesariamente. Si se observa un alza en la compra de libros, ello no significa de manera mecánica que se lee más, pero sí que el producto llamado libro conserva su carácter de fetiche.

En efecto, tener un libro otorga prestigio, estatus, hace ver bien. Una biblioteca en la sala de la casa, por pequeña que sea, nos confiere un aura de espiritualidad y hasta de superioridad. Por esa razón, entre otras, las personas adquieren libros, y si se trata de colecciones, aún mejor, aunque por lo general no se puedan completar por diversos motivos (seguramente el principal sea la incapacidad de sostener un gasto fijo semanalmente). El terreno expuesto por los dos aspectos que porta el libro se delinea gracias a unas fronteras que no siempre están nítidamente demarcadas, pero que sabemos reconocer, las cuales se ubican entre la responsabilidad socio-cultural que no entorpezca la actividad comercial, y la agudeza empresarial que no impida una visión comprometida con la cultura.

El mundo amplio de la lectura (y de la no lectura)

Pero a todo esto, ¿para qué leer?, ¿cuál es el papel social que debe cumplir la lectura en nuestro país? La lectura no puede estar, y de hecho no lo está, desvinculada de su contexto social, político, económico y

²² En sentido contrario, también se debe señalar que la práctica de la lectura no implica necesariamente la posesión de libros.

cultural. Como sostiene Joëlle Bahloul, se trata de «explorar en el tejido social» dentro del cual se despliegan las prácticas de la lectura o de la poca lectura.²³ Esta tendrá consecuencias positivas mientras más engarzada esté con su entorno, con el tejido social que la rodea. En ese sentido, la lectura debe ser uno de los pilares sobre los cuales se deberán reconstituir los lazos sociales que se encuentran deteriorados en nuestro país.

Según algunos indicadores, los peruanos vivimos, prácticamente, en un terreno minado, pues nuestras relaciones están atravesadas por un alto grado de desconfianza (más del 80%), lo que impide la construcción de espacios democráticos de diálogo y de acuerdos. En el plano netamente educativo, ya conocemos nuestra realidad: últimos en razonamiento matemático y en comprensión de lectura. Por otro lado, no debemos perder de vista las consecuencias destructivas de las múltiples crisis que hemos vivido desde fines de los años setenta: la económica (hiperinflación, recesión); la política, manifestada en el descrédito de los partidos políticos y de sus líderes; la ocasionada por la violencia política, que socavó los ya frágiles espacios de convivencia; la corrupción, que se hizo más visible que nunca gracias a los llamados «vladivideos»; y el autoritarismo, de peligrosa aceptación social. Estas cinco manifestaciones de la crisis global coinciden en la misma consecuencia y nos revelan que estamos viviendo en una sociedad prácticamente desestructurada.

Existen otros procesos que agudizan la exacerbación del individualismo, como el uso desvirtuado de las nuevas tecnologías. Las pantallas están reemplazando al libro y no actuando con él en beneficio del conocimiento y la comunicación.²⁴ En este contexto es muy difícil formar ciudadanos críticos, reflexivos y con capacidades de comprensión, que es justamente a lo que la lectura contribuye. La democratización del conocimiento y del acceso al libro constituye el fundamento de un sistema político democrático. Es posible considerar entonces que la fragilidad de nuestra democracia se explica, entre otras razones, porque el nuestro es un país no lector.

²³ BAHLOUL, Joëlle. *Lecturas precarias. Estudio sociológico sobre los poco lectores*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 32.

²⁴ SARTORI, Giovanni. *Homo videns*. México: Taurus, 2001.

Obviamente que esta situación debe ser enfrentada por las instituciones y autoridades desde el plano político, pero en el plano social la lectura también tiene un rol sumamente importante. Por medio de ella esos lazos sociales fragmentados pueden ser recompuestos al propiciar un campo común de diálogo; por medio de la lectura se pueden encontrar las claves de la convivencia pacífica, aprehendiendo valores sustantivos que impidan un nuevo surgimiento de la violencia como manera de solucionar los conflictos. Finalmente, la lectura forma ciudadanos y estos son la base de la vida democrática (social y política). Por lo señalado, el fomento de la lectura no puede estar de espaldas a la realidad del país. Y el espacio natural, aunque no único, para tratar de estimular el gusto por la lectura son las bibliotecas que, siendo de todo tipo y estando distribuidas por todo el país, deben ser componentes esenciales en el enfrentamiento de las crisis señaladas por el bien de una vida en común.

Es urgente conformar ese espacio de diálogo, pero no puede haber comunicación si no forjamos un terreno social de reconocimiento y entendimiento. La comunicación es un proceso continuo, es decir, no se agota con la recepción de mensajes, información o conocimiento por parte del sujeto-lector, sino que es imprescindible la otra parte, la propia transmisión de ideas, sentimientos y experiencias; transmisión que puede ser tanto por la palabra hablada como por medio de la escritura.

Toda sociedad, por más letrada que sea, también es oral. Junto al objeto impreso están, por ejemplo, los sermones del párroco, las arengas del líder político o las clases del profesor. En nuestro país la oralidad tiene una fuerte presencia. A pesar que en gran medida el analfabetismo ha sido combatido, muchos peruanos no utilizan los conocimientos y recursos adquiridos en la escuela: son los llamados analfabetos funcionales, quienes se encuentran más cómodos cuando ejercen la comunicación oral para sus transacciones cotidianas. En las condiciones descritas, convertirse en lector no es una tarea sencilla. «Lecturizar» a la sociedad sigue siendo un objetivo. A todo esto es necesario agregar la palabra digital. El crecimiento de las cabinas de internet y la expansión de estas nuevas tecnologías son una oportunidad para potenciar la importancia del libro y la lectura y no para negársela. También es un vehículo de comunicación y, por ende, de socialización, de consolidación del tejido social.

Todo lo anterior tiene relación con los lectores (potenciales o reales), pero no olvidemos al universo de los no lectores, que también es sumamente variado, y que es justamente el que debe recibir atención prioritaria para convertir a la sociedad peruana en una sociedad que ha incorporado en su vida cotidiana a la lectura. Es diferente el no lector perteneciente al mundo rural empobrecido, que apenas ha tenido contacto con la escuela y con las letras, del migrante que, aun cuando pobre, ha recibido una instrucción formal mínima pero que por diversas circunstancias no ha podido cimentar el hábito de la lectura y que tiene que adaptarse a un lugar diferente en donde hasta la fonética es distinta; como también presenta otras características aquel que ha concluido sus estudios (incluso universitarios) pero que se ha dedicado a trabajar en labores ajenas a lo que estudió para subsistir, olvidando de a pocos lo que en un momento aprendió ... Y así podríamos ahondar en el mundo del no lector, donde nos toparemos con una multiplicidad enorme. Conocer ambos mundos, el del lector y el del no lector, es tarea de la sociología del libro.

Las finalidades de la lectura

Tiene razón Michèle Petit cuando sostiene que, en términos amplios, la gran finalidad de la lectura puede y debe ser contribuir a formar la identidad de las personas al estimular su reflexión, dignidad, seguridad íntima y establecer formas de sociabilidad más sanas e integradoras.²⁵ En otras palabras, darle sentido a la vida.

En el macro-objetivo de la lectura propuesto por Petit se pueden reconocer cuatro finalidades específicas de la lectura (en las que excluimos a la lectura ocasional o casi obligada por el entorno, como la que implica leer un afiche publicitario):

- a) La lectura por cultura general es aquella que se realiza sin ninguna obligación ni por la coacción de otros, sea de individuos o de instituciones. Revela el verdadero interés de la persona por la

²⁵ PETIT, Michèle. *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.

lectura, pues incluso puede realizarse en circunstancias poco favorables, como al interior de espacios poco apropiados (el transporte público, por ejemplo). Este tipo de lectura es el plus que da quien goza verdaderamente con la lectura. Lo que busca es el enriquecimiento espiritual e intelectual.

- b) La lectura por entretenimiento puede darse mediante dos tipos de obras: la *literatura meramente recreativa*, como las revistas de deportes o de espectáculos, los cómics, los diarios sensacionalistas, etcétera, que no demanda una mayor concentración del lector porque es rápidamente desechable, y la *literatura estética* (novelas, cuentos), que proporciona al lector un momento placentero gracias a la escritura bien hecha.
- c) La lectura por información profesional es la que las personas realizan para mejorar sus niveles de formación académica o técnica, es decir, para mejorar su desempeño, conocer las nuevas perspectivas de su carrera, sus últimos aportes, las propuestas metodológicas; en suma, para perfeccionar el conocimiento disciplinario. Su ámbito de repercusión puede ser amplio o restringido. Este tipo de lectura se inicia en el espacio institucional de enseñanza (escuela técnica, instituto superior, universidad, academia) y se continúa (por decisión del propio lector) una vez concluidos los estudios curriculares. Una variación de este tipo de lectura es la que ejercen los escolares con sus libros de texto, que son obligatorios también y que usualmente no son reconocidos como lectura, pues muchas veces se identifica como tal solo aquella que se realiza por propia decisión.
- d) La lectura por consulta específica es la que se ejerce con un objetivo muy preciso: encontrar un dato concreto. En este tipo de lectura se ubican los textos de consulta, como las enciclopedias y los diccionarios (general y profesionales). No es necesario recorrer todas las páginas de estos textos sino solamente saber ubicar las pertinentes para absolver la inquietud.

La importancia de la escritura

En las páginas precedentes y en una infinidad de estudios se ha enfatizado que el fomento de la lectura es fundamental, pues contribuye a que la persona adquiera competencias, como concentración, razonamiento, abstracción, deseo de conocer y de informarse. La lectura constituye una base sólida para la socialización, pues debe cumplir con la función social de proporcionar a los individuos buenas razones para convivir en paz. En otras palabras, la lectura debe ser un pilar de la comunicación. En este sentido, y para que adquiera su verdadera importancia, es pertinente subrayar que no solo se trata de fomentar la lectura sino también la escritura.

Como se ha dicho, no bastan las habilidades que podamos adquirir en la decodificación de los signos sino que es necesario, sobre todo, interpretar y construir un sentido, que es lo que une y comunica a las personas. Gran parte de la crisis de nuestro país se explica por esta ausencia de códigos que deberían ser interpretados de una manera más o menos común, otorgando consistencia a nuestra sociedad. Más allá del lenguaje, de lo que carecemos es de un campo común, mutuamente construido, de diálogo. Por esta razón se vuelve imprescindible estimular la escritura como un complemento del acto comunicativo. En nuestro país no ha habido una real política de estimulación de la escritura como medio de comunicación, que es una función no solo educativa sino también social y cívica. Escribir es poder transmitir sentidos y controlar el mundo que nos rodea. Lo anterior significa que la lectura y la escritura son las dos caras de la moneda: la construcción del diálogo. Entre ambas se construyen los sentidos y significados fundamentales que van a hacer comprensibles las acciones de los individuos fortaleciendo el campo social. Nuevamente: mientras la lectura nos permite la construcción y apropiación de un sentido(s), la escritura constituye el acto mediante el cual podemos transmitir sentido(s).

La escritura, señala Giorgio Raimondo Cardona, es un paso decisivo en la evolución del homo sapiens, pues significa la «[...] adquisición de un vínculo entre pensamiento y símbolos materiales; por primera vez el género

humano establecía una relación simbólica entre operaciones mentales y símbolos exteriores debidamente realizados». ²⁶ La función de la escritura es mantener un mensaje con un cierto grado de perennidad, lo que no se puede lograr con la oralidad.

En nuestras sociedades todos somos hablantes, algunos lectores y pocos escribimos. Esta distribución va más allá de la taxonomía social, pues representa o permite visualizar lo poco democrática que es la distribución del conocimiento y la estructura poco igualitaria del ordenamiento social. Aquí es donde encuentra su razón de ser la sociología de la escritura. ²⁷ En otras palabras, al que escribe se le asocia con niveles muy elevados de conocimiento, con que cumple exigencias cognitivas que muy pocos pueden alcanzar, no por razones de capacidad individual sino por el propio orden social. Ya es un logro tener la conciencia de que todos debemos leer, pero mayor será esa conquista cuando todos podamos expresar por medio de la palabra escrita lo que pensamos y sentimos. Mientras más se distribuya socialmente la capacidad de escribir, más democrática será la propia sociedad. La escritura es un buen termómetro para medir los grados de democratización de las sociedades.

Pero es necesario hacer una digresión con respecto a la utilidad de la escritura. La escritura no es unívoca sino que cumple una triple función: por un lado, la de la comunicación; por otro, la de la expresión; ²⁸ y finalmente, la de la transmisión de conocimientos especializados.

La escritura como comunicación se refiere a la utilidad que ella tiene para transmitir información, pequeña o grande, simple o compleja, excepcional o rutinaria, anecdótica y circunstancial o importante y trascendente. Por ejemplo, las cartas personales, los informes burocráticos, los documentos que se tramitan. Por otro lado, la escritura como expresión se refiere a los grados de belleza que ella puede contener y alcanzar. Puede o no

²⁶ RAIMONDO CARDONA, Giorgio. *Antropología de la escritura*. Barcelona: Gedisa, 1994, p. 61.

²⁷ *Ibíd.*, p. 87.

²⁸ PETRUCCI, Armando, *ob. cit.*

portar información, pero esto se deja de lado por la pura forma, como ocurre con la narración o la poesía, en suma, con la creación literaria. No obstante, existen documentos de comunicación que, simultáneamente, expresan belleza literaria. Un ejemplo pueden ser las cartas de algunos intelectuales, como Ricardo Palma, José Carlos Mariátegui o Abraham Valdelomar, por citar solo tres casos peruanos. Existe una tercera forma que adquiere la escritura: la especializada o disciplinaria. Esta función se refiere a la divulgación del conocimiento según campos del saber. Incorpora, o puede hacerlo, las dos características mencionadas: la de transmitir información y la de expresar un grado de belleza. Evidentemente, unas disciplinas se prestan mejor que otras para cumplir este segundo requisito, como la crítica literaria, el periodismo, la historia, algunas especialidades de la sociología o de la antropología, aunque su objetivo fundamental sigue siendo divulgar los nuevos avances del conocimiento, las nuevas ideas y reflexiones. José de la Riva Agüero, Alberto Flores Galindo y el César Vallejo cronista son algunos casos que combinan ambos niveles.

Líderes, lectores y ciudadanos

El ecosistema de la cultura escrita es amplio y diverso, y en estas páginas solo he expuesto sus principales características. Para concluir considero importante referirme a un elemento que no necesariamente se toma en cuenta, pero que es gravitante para fomentar el uso del libro y la lectura: me refiero al ejemplo o modelo que brindan a la población los líderes políticos, empresariales, culturales, militares, etcétera. La ciudadanía los ve como los casos de éxito que deben imitarse porque se supone que poseen alguna virtud especial, un conocimiento superior y que están ubicados en un estrato privilegiado al cual el ciudadano común no puede llegar. Sin embargo, esta imagen idealizada se ha ido deteriorando lenta e inexorablemente por obra de los propios líderes. Todo esto nos debe hacer reflexionar sobre la importancia de los modelos que deben orientar las acciones de los ciudadanos, especialmente de aquellos que empiezan a asomar a la vida pública. El papel de los medios de comunicación es de vital importancia para modificar los prototipos que los peruanos nos estamos formando acerca del éxito y de cómo llegar a él.

Siguiendo con esta preocupación está la idea de crear un entorno favorable para el libro y la lectura, que se debe manifestar en diferentes niveles y sectores sociales, como el de los líderes políticos, el de los maestros o el de los funcionarios, así como en el entorno familiar o la organización vecinal. Si los líderes y representantes no leen, si los padres y vecinos tampoco, entonces se carecerá de ese soporte imprescindible que debe proveer el entorno para que la enseñanza institucionalizada no se pierda saliendo del aula. Así, ante la defeción de los líderes, la responsabilidad de sostener una vida en común recae sobre una precaria sociedad civil, que ha debido afrontar múltiples crisis desestructuradoras, como he señalado en páginas anteriores.

No debemos perder de vista que el ecosistema del libro y los espacios de decisión deben confluir en un mismo fin: constituir comunidades, tanto de lectores como de ciudadanos.

La cátedra inexistente

Sergio Manuel Tamayo Yáñez

Seudónimo: Blur

Alumno de la Facultad de Derecho

Código 19991848

Quinto puesto

El amor a los libros, como toda pasión violenta, está sujeto a toda clase de arbitrariedades.
Julio Ramón Ribeyro

Hay un capítulo de *El chavo del 8* en el que el profesor Jirafales traza todo un panegírico de los libros y remata diciéndole a sus alumnos: «Mientras tengan un libro en las manos, serán como yo». Los alumnos inmediatamente arrojan los textos al suelo en una reacción similar a la del primer peruano al que se le ofreció un libro, Atahualpa.

Como vemos, promover la lectura es una tarea complicada. Me gusta mucho leer pero nunca había pensado en difundirlo. Quizás estoy en un error. Fue ahí cuando pensé que podía aportar mi granito de arena con este ensayo. Me gustaría colaborar respondiendo a ciertas aseveraciones en este tema que, a mi parecer, terminan convirtiéndose en arbitrariedades como las que se insinúan en el epígrafe de este texto.

Una de estas arbitrariedades es hablar indistintamente del libro y de la lectura como si fueran sinónimos. La segunda está referida a afirmar gratuitamente que en el Perú se lee o no. Otra discurre por la decisión casi arbitraria de promover la lectura sin preguntarnos por qué o para qué. Una hipótesis que también se suele postular arbitrariamente es la del «fin del libro».

¿Libro = Lectura?

Respecto a la primera, esta surgió producto de mis confusiones iniciales a la hora de plantear el tema que debía tratar. Por un lado, el evento que nos reúne se titula «El libro en la cultura humana». Pero por otro, las bases señalan que en cada trabajo se debe enfatizar la importancia de la lectura y su contribución en la formación de estudiantes y profesionales. ¿Estamos hablando de lo mismo?

Creo que es necesario separar las consideraciones que se deberían dar al libro de las que se podrían asignar a la lectura. La lectura es algo muy genérico. Descontando a los analfabetos, todos leemos, casi todo el tiempo, aunque no nos guste la lectura o los libros. Leemos cuando tomamos una combi, para verificar qué ruta toma. Cuando vamos al cine, si la película no es doblada. Cuando almorzamos en un restaurante, para elegir un platillo. Y estas actividades solo demuestran que no tenemos auto propio, que nos gusta el cine o ciertas comidas; pero poco tienen que ver con el gusto por la lectura o por los libros.

Además, las personas que afirman tener gusto por la lectura, no leen necesariamente libros. Muchos leen periódicos, revistas, cómics, etc. También leemos con placer los mails o mensajes de texto de la persona amada. No en vano Ribeyro diferencia el amor a los libros del amor a la lectura.¹

Establecidos claramente los contrastes entre ambos elementos, podemos ir más allá. Si precisamos que nos referimos solo a una de las muchas familias de la lectura, a la lectura de libros, incluso en ese caso la situación es ambigua. La relación con los libros presenta múltiples facetas y no solo se limita «al placer de un buen libro», como se suele repetir. Los libros no se leen solo como una acción creativa y placentera sino también por obligación académica, por necesidad laboral o «en busca de consejo», como sucede con los libros de autoayuda. Al respecto, diversos autores consideran que estas diferentes manifestaciones de la lectura de libros

¹ «En realidad existe un amor físico a los libros muy diferente al amor intelectual por la lectura». RIBEYRO, Julio Ramón. «El amor a los libros». En *La caza sutil*. Lima: Milla Batres, 1976, p. 45.

pueden analizarse con cuatro criterios: lectura activa; lectura pasiva; lectura voluntaria; y lectura obligada, y combinando esos criterios entre sí, se llegaría a establecer cuatro tipos de lecturas de libros,² taxonomía que consideramos presenta un espectro más grande de la realidad de la lectura de libros y con la que en líneas generales estamos de acuerdo. No sé hasta que punto se puede hablar de actividad reflexiva y crítica a pintar con un resaltador amarillo una fotocopia a las tres de la mañana. O a leer las tres primeras páginas de una novela entre rumias de descontento para luego buscar el resumen de la misma en monografías.com.

Pero precisando más aún, podemos concluir que nos referimos a una sola de las formas de la lectura, la lectura activa y productiva. Definición que podría ser objeto de cuestionamientos a su vez. Este subgénero de la lectura que mencionamos puede ser a su vez subdividido en otras categorías, como las que usa Eliseo Verón en su libro paradójicamente intitolado *Esto no es un libro*.³ Para este autor, estas subcategorías serían: lectura temática; lectura problemática; lectura ecléctica; lectura ficcional por autores; lectura ficcional por géneros; y lectura de novedades. Pero por motivos prácticos las vamos a obviar y, como todas son parte de un mismo género, vamos a quedarnos con este único sector del fenómeno lectura, el que mencionamos al empezar el párrafo para delimitar mejor el tema de nuestro análisis. A partir de ahora, siempre que nos refiramos a «la lectura» o a «leer» nos estaremos refiriendo a la lectura de libros de manera activa y voluntaria.

¿En el Perú se lee?

Esta pregunta está muy relacionada con la referente al tema de la difusión de la lectura. Parece lógico que antes de iniciar cualquier acción a favor de algo, nos preguntemos cuál es la situación al respecto en nuestro país. Partimos del supuesto de que si una actitud es moneda corriente en la población, es probable que no

² DE SAGASTIZÁBAL, Leandro y Fernando ESTEV EZ FROS (comps.). *El mundo de la edición de libros: un libro de divulgación sobre la actividad editorial para autores, profesionales del sector y lectores en general*. Buenos Aires: Paidós, 2002.

³ VERÓN, Eliseo. *Esto no es un libro*. Barcelona: Gedisa, 1997, pp. 59-72.

sea necesaria su difusión masiva. Es decir, así como en ciertos países nórdicos se fomenta la natalidad entre las parejas, ese tipo de promoción sería impensable en nuestro país por razones obvias. Si en el Perú se lee, entonces no es necesario difundir la lectura. Quizás no sería necesario tampoco escribir este ensayo.

Creo que en nuestro país adolecemos al respecto de un claro «estado de la cuestión». No quisiera plagiar este ensayo de datos como cuál es el porcentaje de peruanos que leen o en qué puesto a nivel sudamericano estamos en libros per capita. En términos generales, los números nacionales al respecto son bastante desalentadores.

Sin embargo, a pesar de la desfavorecedora estadística, un gran número de editores, empresarios gráficos o especialistas postula lo contrario. A su favor mencionan la mayor producción de libros, el aumento en las ventas y la explosión de la piratería. «¡Pero, claro que se lee!», me responde un amigo, «si no, no existirían Quilca o Amazonas».

Otro caso que se suele usar es el de las promociones de los periódicos. Son publicaciones baratas y de regular calidad, por lo que se venden como pan caliente (la tirada a veces bordea los cuarenta mil ejemplares). Además, se presentan como colección, por lo que muchas personas compran libros que originalmente no les interesaban, para tener la colección completa. Resumiendo: se compran un montón de volúmenes. ¿Cuántos se leen? He ahí la cuestión.

Creo que el error radica en confundir el comprar un libro con leerlo. Son dos cosas muy distintas y no necesariamente relacionadas. Muchas veces se compran libros porque se los considera un buen regalo, porque nos han obligado en la universidad o el colegio, porque los necesitamos para la oficina. Pero esto no quiere decir que los leamos. Probablemente solo consultemos una parte y luego los olvidemos. Algunas personas hasta consiguen obras por motivos estéticos: «¡Qué linda se vería la sala si en esa repisa pusiéramos algunos libros!».

Y es que parece difícil para algunos pensar en leer como una diversión popular e incuestionable con la extraordinaria gama de opciones para distraernos que tenemos en la actualidad. Internet, playstation, DVD, música en CD y MP3, televisión por cable, etc., ventajas de las que no gozaban los lectores de hace cincuenta años.

Pero si nos vamos a la otra posición —la que indica que en nuestro país la lectoría es bajísima o inexistente—, el dilema se mantiene. No se puede admitir tan fácilmente el rechazo a la lectura. Por otro lado, en los colegios, más de un alumno podría callar o mentir si en una encuesta se le pregunta si lee, para evitar las burlas de sus amigos que podrían catalogarlo de «chancón» o de algo por el estilo (en otro contexto alguien podría mentir en una encuesta para «no quedar mal»). Al margen de las encuestas, y a diferencia de los que compran libros, una persona que nunca compra libros y que nunca ha sido encuestada podría leer muchísimo, simplemente prestándose de amigos o yendo a una biblioteca, sin dejar mayores rastros de su proceder, con lo que no habría manera de contabilizarlo en la fila de los lectores. Y si a esto le sumamos la escasez de espacios de diálogo sobre estos temas y sobre otros temas elementales para el desarrollo de la sociedad en nuestro país, podemos llegar a concluir que es virtualmente imposible saber, con total certeza, si nuestra nación es lectora o no.

En resumen, es relativamente arbitrario inclinarse por una respuesta u otra. En la actualidad, no podemos todavía afirmar algo al respecto con total seguridad. Esperemos que en el futuro se puedan hacer investigaciones rigurosas que nos lleven a mejor puerto. Al margen de esto, aun en el caso de que en el Perú se lea bastante, en teoría siempre se podría seguir alentando esta conducta. La pregunta sería: ¿para qué?

¿Hay que difundir la lectura?

Puede parecer irónico que insistamos en promocionar a toda costa la «lectura voluntaria». Debo confesar que nunca he entendido las campañas o promociones «a favor de la lectura». Me parecen mal enfocadas y hasta innecesarias. No entiendo porque habría que «difundirla». Creo que todo el mundo sabe que existe. Si

no la practican, por algo será. ¿Por qué se publicita entonces? En todo caso, habría que difundir también el gusto por la música, el cine, la pintura y otras manifestaciones culturales igualmente válidas.

La insistencia en frases como «El libro es cultura» o «Read to achieve» (como se usa en Estados Unidos) solo va a provocar actitudes similares a la de la Chilindrina, el Chavo y los demás alumnos de esa clase. Y esta reacción no solo se produce en los sectores socioeconómicos más bajos o de menor acceso a la educación, como muchas veces se piensa. Lo mismo pasa entre personas que han tenido mejores oportunidades, no solo en nuestro país sino incluso en el extranjero. Un buen ejemplo de esto fue el artículo publicado en *El País* —uno de los periódicos más prestigiosos de España— con el rótulo «Yo no he leído el Ulises ¿y qué?».⁴

Como vemos, la sacralización de algo, en este caso de leer, tiene como correlato exactamente lo contrario de lo que se busca y despierta cierta vocación iconoclasta hacia lo defendido como positivo. Esto se incrementa si los partidarios de las campañas pro-lectura no articulan una política coherente o, al menos, comparten ciertos criterios en común respecto al por qué la lectura es saludable. Es decir, todos coinciden en que la lectura es positiva y que por eso hay que difundirla. Habría que resolver la siguiente interrogante: ¿por qué es positiva?

Personalmente, creo que las respuestas son contradictorias. Por ejemplo, una institución pública como el Consejo Nacional de Democratización del Libro y de Fomento de la Lectura postula que hay que leer porque «[...] contribuye a fortalecer la democracia por ser un importante instrumento de inclusión, equidad y cohesión social y desarrollo de la ciudadanía».⁵ Un especialista como Harold Bloom señala que «[...] la lectura constante y profunda aumenta y afianza por completo la personalidad».⁶ El eslogan de la última Feria del

⁴ *El País*, 15 de mayo de 1993. Extraído de Francisco García Tortosa, «Introducción». En JOYCE, James. *Ulises*. Madrid: Cátedra, 1993, p. XXII.

⁵ <http://www.promolibro.org/images/descargas/pn_libro_y_lectura.pdf> (p. 32).

⁶ BLOOM, Harold. *Cómo leer y por qué*. Bogotá: Norma, 2000.

Libro nos trata de convencer argumentando que «El libro está de moda».⁷ El primer ejemplo apela a razones colectivas (la lectura es buena porque fortalece la democracia y la sociedad). El segundo discurre más por el tema individual (la lectura es buena para la personalidad). El tercero es inclasificable. Difícil que alguien siga consejos con razones tan contradictorias.

Pero todos estos intentos parten de una perspectiva que considero errónea. Fomentan, digamos un amor forzado, formando un intolerable oxímoron. Porque el amor debe ser libre. Incluso el amor a la lectura o a los libros. Obligando sin dar primero el ejemplo, no lograremos nada. Si los padres no leen, los hijos no lo harán, aunque se les ruegue.

Sin embargo, un defensor de estas campañas podría afirmar que no se está obligando a leer a nadie y que no se trata de afectar la libertad individual de las personas. Podría justificar las mencionadas promociones diciendo que lo que se busca es preservar un medio de comunicación e información cada vez más en retroceso frente a los avances tecnológicos.

Y es que ahora resulta que Bill Gates y sus amigos tendrían la culpa del fin del libro. No han pensado que el libro ha enfrentado y sobrevivido a Hitler, al emperador chino Zhi Huang Di, a Alejandro Magno, a la Iglesia Católica y su Index, y a muchos reyes y emperadores, entre otros antagonistas. No han pensado que lo mismo se dijo cuando se inventó la televisión, los satélites y los videojuegos. No han pensado que los libros, en lugar de disminuir, aumentan con los años. Se ha cuadruplicado la cantidad de libros desde 1950 hasta ahora.⁸ No han pensado que inventos antiquísimos, como la rueda o el fuego, no han desaparecido. No han pensado que podrían cambiar de forma, como ocurrió cuando se pasó de los rollos a los códices, o de nombre, sin que esto implique su extinción. Admitámoslo, los libros nunca van a desaparecer mientras existan personas a quienes nos gusta leer.

⁷ <www.filperu.com>

⁸ ZAID, Gabriel. *Los demasiados libros*. Barcelona: Anagrama, 1996, p. 17.

El libro en la cultura humana

Sin embargo, el responder a ciertos mitos respecto al libro no implica que no pueda postular mis propias ideas respecto a su importancia en la cultura humana. Esto es algo que trataré de hacer en las siguientes líneas.

No es necesario, para esto, deshacernos en loas repetitivas. Para cambiar de óptica, podríamos hacer lo contrario y dar la oportunidad de expresarse a los que tienen una opinión negativa del libro, una oportunidad que no siempre se da. Es decir, resaltar todo lo que se ha dicho y hecho en contra de los libros. El libro ha tenido y tiene poderosos enemigos. La biblioclastia es una práctica antiquísima, como se demuestra bien en un trabajo de Fernando Báez.⁹ No tenemos que irnos tan lejos. En 1995, MTV lanzó una campaña contra los libros acusándolos de provocar guerras y del exterminio de los bosques que pone en peligro el equilibrio medio ambiental.¹⁰

Por otro lado, no podemos ocultar ciertas desventajas de la lectura, como el ser una actividad bastante sedentaria, que a veces quita el sueño y lo vuelve a uno un poco arisco, acostumbrado como se está a la silenciosa y entretenida compañía de un buen conjunto de páginas. Tema aparte es el problema visual. La miopía, que afecta a la sexta parte de la población mundial, aumenta al 24 por ciento en el caso de los lectores y son innumerables las personas que se vieron perjudicadas por nuestros adorados objetos: Aristóteles, Lutero, Samuel Pepys, Samuel Johnson, Alexander Pope, Quevedo, Wordsworth, Yeats, Unamuno, Tagore y Joyce tuvieron graves dolencias, y peor es el caso de Homero, Milton o Borges que terminaron ciegos.¹¹

Incluso tenemos en internet campañas contra la lectura (no sabemos si en broma o en serio): por ejemplo, un tal Sergio Quintero, fanático de la televisión, plantea que la ciudad esté llena de graffitis como estos: «Leer

⁹ BAEZ, Fernando. *Historia universal de la destrucción de libros: de las tablillas sumerias a la guerra de Irak*. Barcelona: Destino, 2004.

¹⁰ HILDEB RANDT, César. «Balandando una sola nota». *La República*, 18 de abril de 1995.

¹¹ MANGEL, Alberto. *Una historia de la lectura*. Bogotá: Norma, 1996, pp. 377-378.

es trabajo después del trabajo»; «Leer sale carísimo»; «Stalin también leía». En esta misma página web, otra persona, el profesor Odrick Ravi, dice lo siguiente en una grabación:

Nadie ha podido demostrar que leer hace mejor, más eficiente, más compasivo a una persona: ¿para qué leer?, ¿quién puede demostrarme que leer va a darme algo que no me dé un programa de televisión, una película de cine o la simple observación del mundo?, ¿tendremos que preocuparnos porque nadie lee o sentirnos satisfechos de pertenecer a una secta subversiva de gente que lee para que nadie pueda molestarla durante algunas horas?, ¿no es cierto que la televisión, el cine, las canciones son literatura?.¹²

Pareciera que los libros, que siempre fueron de gran trascendencia en los cambios sociales y en las revoluciones por ser el espíritu de todo tipo de ideologías, se pueden volver perfectamente contingentes. Fidel Castro reconoce sin problemas que apenas leyó las primeras páginas de *El capital*.¹³

Ante estas abrumadoras acusaciones, ¿qué me queda por decir?

Podría hablar de cómo la historia de la humanidad se refleja en algunos libros: la *Biblia*, el *Corán*, *El manifiesto comunista* o *Mein kampf*. De cómo en la ciencia y en las letras han influido libros como *El origen de las especies*, *El contrato social*, *El recurso del método*, *La riqueza de las naciones* y un largo etcétera.

Podría hablar de la fuerza del libro con el clásico ejemplo del *Werther* de Goethe que produjo el suicidio de muchos jóvenes durante su época. O el caso de la transmisión radial de la obra de H. G. Wells, *La guerra de los mundos*, que produjo histeria colectiva.

Podría disertar sobre los libros que llevaron a procesos judiciales, como *Madame Bovary* y *Ulises*, o de los ataques a Óscar Wilde.

¹² <<http://www.ricardosilvaromero.com/htmls/noticias/lasnoticias2005.htm>>

¹³ Zaid, Gabriel, ob. cit., p. 47.

Podría mencionar el miedo que causan ciertos libros, miedo a su poder y a sus ideas hasta el punto de ser odiados por dictadores y poderosos.

Podría glorificar sus ventajas, su fácil maniobrabilidad, su cómodo manejo, su independencia de la electricidad, lo simple que es adecuarlo a nuestras necesidades, horario o espacio.

Podría hablar sobre las innumerables páginas web (sí, esas que supuestamente van a acabar con el libro) que se refieren a la bibliofilia, bibliomanía, bibliopatía y a las demás locuras que hacen las personas por un libro.

Podría escribir mi propio decálogo. Así como Quiroga, Ribeyro, Monterroso y Onetti, entre otros, han elaborado decálogos para escritores, me permitiré escribir un decálogo para el lector.

Decálogo del lector

1. Eres libre de leer lo que quieras.
2. Por ende, eres libre también de no leer si no quieres. Leer no debería ser una obligación.
3. El libro nunca va a desaparecer.
4. Lee porque te gusta, no para «ser más culto», «estar al día» o idioteces por el estilo.
5. Los libros siempre son un buen regalo. No tienen tallas y a todos le queda uno.
6. El tiempo no es excusa. Hay gente que dio su vida por sus libros. Puedes dar diez minutos al día.
7. El dinero no es excusa. Hay libros más baratos que una cerveza. Además, siempre te puedes prestar un libro de alguien.

8. La profesión no es excusa. No hay trabajo que no te deje un espacio para leer.
9. La educación no es excusa. Puedes leer teniendo primaria o un doctorado.
10. Ser ciego tampoco es excusa. Por algo existe el sistema Braille.

Podría decir todo eso y más, pero creo que sería insuficiente. No basta con transcribir un cúmulo de información. Es mejor contar parte de la experiencia vital que hizo que nos inclinemos por algo. Es mejor contar el impacto del libro en la cultura de un solo hombre, para mostrar el impacto del libro en la cultura humana.

Es por eso que preferiría simplemente referirme de manera breve a la influencia que han tenido en mi vida los libros. Llevo veinte años siendo un lector. No es mucho, pero espero que sea suficiente para sustentar mis críticas a muchos de los mitos relacionados con la lectura y los libros. Espero no haber sido duro con mis apreciaciones. Si lo he sido es gracias a que los libros me han enseñado a ser crítico y reflexivo con lo que escucho, hablo, leo y escribo.

No solo quiero hablar como lector. Quiero hablar también como comprador, vendedor, corrector, editor, diagramador, diseñador y muchas otras cosas que he sido en mi relación con los libros durante estas dos décadas. Quiero decir que los libros nos enseñan sin darnos cuenta todo tipo de cosas, sin discriminar a nadie que quiera refugiarse en su sombra. Son como una cátedra inexistente, que no se encuentra en ninguna universidad, pero que cualquiera tiene la oportunidad de seguir, en la que cada uno decide el tema que quiere aprender, el horario que más le conviene, el lugar que más le acomoda, sin necesidad de exámenes ni controles de lectura.

Y es curiosamente una cátedra inexistente la que yo quiero seguir como carrera universitaria. Me refiero a la carrera de edición, que no se dicta en ninguna universidad peruana y solo en una universidad latinoamericana. Desafortunadamente no existen alternativas para la capacitación de los agentes que desean elaborar un buen

libro. Por eso, mi acercamiento es empírico, no académico. No he estudiado literatura, ni bibliotecología ni nada que tenga que ver con libros. Nadie me obligó a seguirlos, lo hago porque quiero.

He hecho casi todo lo que se puede hacer con los libros. Los he leído, los he comprado, los he vendido, regalado, prestado, perdido, encontrado, los he arreglado y malogrado, los he corregido, los he editado, y hasta lo he diagramado y diseñado. Incluso he escrito uno, pero todavía duerme el sueño de los justos.

He trabajado para tres editoriales y una imprenta. Gracias a esto he aprendido lo que es un tejuelo, cómo tramitar un ISBN o cómo manejar una insoladora de placas. He cargado cajas repletas de libros. He participado en ferias. He tenido que negociar con libreros viejos. Consigo libros a pedido. Luego de casi un cuarto de siglo he llegado a la conclusión de que una de las cosas que más me alegra la vida es esta creación. Gracias a los libros es que tengo recursos para vivir y, aún más importante, gracias a ellos es que tengo muchas razones para hacerlo. Los libros me han salvado la vida. Por todo ello, muchas gracias.



90
AÑOS

PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DEL PERÚ

CUARTO CONCURSO DE ENSAYO *EL LIBRO EN LA CULTURA HUMANA*

Acta de Resultados Finales 2006

El Banco del Libro convocó para el cuarto concurso de ensayo *El libro en la Cultura Humana* con el propósito de poner en relieve el rol de la lectura y destacar que la misma permite el desarrollo de la creatividad y fomenta el espíritu crítico y reflexivo en los estudiantes, egresados y graduados.

El Jurado Calificador del concurso evaluó, de acuerdo con las bases correspondientes, los treinta trabajos presentados a fin de declarar, en primera instancia, los trabajos finalistas.

Reunido el Jurado a las 12:30 pm. del día 16 de noviembre del 2006, en la Sala de reuniones del Departamento Académico de Humanidades, determinó los siguientes resultados finales del concurso:

Primer puesto: **Alejandro Gamero Salas** (P. Skinner) egresado de la Facultad de Derecho, con código 1998 8092. Título del ensayo: *Nuestras vidas son los libros*. Premio: 1,200.00 dólares americanos en efectivo, placa recordatoria y colección de libros.

Segundo puesto: **Lino Jesús Cieza Coronado** (Critias) alumno de Estudios Generales Letras, código 20053047. Título del ensayo: *Huyendo de la caverna: Reflexiones sobre el libro y su relación con la conciencia ética y crítica*. Premio: 800.00 dólares americanos en efectivo, placa recordatoria y colección de libros.

Tercer puesto: Luis Fernando Jara León (Erasmus) egresado de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, con código 19862288. Título del ensayo: La experiencia de la lectura. Premio: 400.00 dólares americanos en efectivo, placa recordatoria y colección de libros.

Cuarto puesto, Mención honrosa: Osmar Alberto Gonzales Alvarado (Rapsoda) egresado de la Facultad de Ciencias Sociales, con código 19846258. Título del ensayo: El ecosistema de la cultura escrita y la crisis de la lectura en el Perú. Premio: colección de libros.

Quinto puesto, Mención honrosa: Sergio Manuel Tamayo Yáñez (Blur) alumno de la Facultad de Derecho, con código (19991848). Título del ensayo: La cátedra inexistente. Premio: colección de libros.



Dra. Liliana Regalado de Hurtado



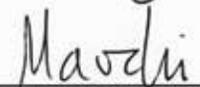
Dr. Eduardo Hopkins Rodríguez



Prof. Víctor Casallo Mesías



Mg. Enrique Quevedo Aldecoa



Dra. Beatriz Mauchi Laines
Presidente del Jurado